

en aquel argumento que sostenga mejor la tesis y, sobre todo, en aquel argumento que resulte más efectivo para persuadir al lector.

Pensar en las flaquezas del argumento elegido, puede ser muy útil para evitar futuras objeciones o descalificaciones. Al establecer el argumento que se utilizará, es recomendable anticiparse a preguntas escépticas. ¿El no atacar a Afganistán significa que se deja de lado la lucha contra el terrorismo? ¿Realmente vale la pena defender a un pueblo fanático y que ofrece todas las condiciones para el surgimiento de grupos fundamentalistas?

Anticiparse a posibles objeciones a la tesis como lo propone Toulmin en su modelo de la argumentación, permitirá establecer una mejor defensa argumentativa y por consiguiente, un mayor convencimiento en el lector.

4.2.2.2. Los lugares comunes

Al hablar del argumento *Ad Humanitatem* Perelman y Olbrecht-Tyteca afirman que éste es dirigido a un auditorio universal, es decir, a un auditorio que toma por verdaderos distintos tipos de argumentos sin cuestionarlos siquiera. Por ejemplo, afirmar que matar es malo, es una verdad universalmente admitida, por lo tanto, resultará más convincente quien argumente alrededor de esta verdad a alguien que afirme lo contrario.

Perelman y Olbrechts-Tyteca afirman que los argumentos admitidos sólo por auditorios particulares resultan muy débiles y fácilmente rebatibles debido al desacuerdo generalizado que pueda suscitarse por tal o cual aseveración. Sin embargo, cuando un argumento es válido por un auditorio universal, se logra un mayor efecto persuasivo pues la aseveración no se somete a revisión.

presión étnicos e ideológicos cuya influencia es todavía mayor debido a que la opinión pública se desentiende del mundo que está más allá de nuestras fronteras. Bush y su Gobierno aspiraban a institucionalizar un planteamiento unilateral ya formulado por la derecha estadounidense. Lo que se lo impedía no era exactamente la desorganizada oposición de los afroamericanos, las iglesias, los grupos ecologistas, los defensores de los derechos humanos, los sindicatos y demás adversarios de la globalización capitalista, ni el movimiento de las mujeres. Algunos demócratas del Congreso apoyaban el mantenimiento de los tratados de control de armamento y la cooperación internacional en general. La indiferencia pública también limitaba el entusiasmo por la versión de Bush de la hegemonía estadounidense a grupos específicos de las finanzas y la industria norteamericanas, a las iglesias protestantes fundamentalistas, y a un segmento de la opinión que conseguía la hazaña de fusionar la xenofobia con la convicción de que gran parte del resto de un mundo hundido busca desesperadamente imitar a Estados Unidos. Por el momento, estos conflictos morales y económicos han sido olvidados. Los acontecimientos del 11 de septiembre están siendo utilizados por Bush para borrar la política en la conciencia de una nación ya despolitizada. Por supuesto, a largo plazo, no puede tener éxito: pero, a corto plazo, puede muy bien neutralizar política interna económica y social, y adueñarse del debate sobre política exterior.

Esa política está ahora en manos de burócratas e ideólogos, que ven en la crisis actual una oportunidad para incrementar tanto sus presupuestos como sus poderes, y para dar legitimidad a proyectos que de otra forma podrían suscitar un debate. Las horribles imágenes de aviones secuestrados con pasajeros estrellándose contra edificios podría convencer a las mentes corrientes de que el escudo contra misiles balísticos es una fantasía irrelevante. Eso no ha empañado el entusiasmo de los defensores del escudo antimisiles. El subsecretario de Defensa ha hablado de "acabar" con los Estados hostiles, y Libia, Siria, Irán e Irak se mencionan dentro y fuera del Gobierno como cuentas pendientes que deben saldarse ahora... Con un cinismo tan monstruoso que nos recuerda a Kissinger, las ofertas rusas de colaboración (claramente limitada) a cambio de la aceptación estadounidense de su guerra en Chechenia, y el respaldo chino a cambio del silencio con respecto a la opresión de sus musulmanes, han sido bien acogidas. A esto se le llama "construir una coalición". Y, naturalmente, la posibilidad de una guerra contra el mundo musulmán difícilmente podría desagradar al grupo de presión israelí, que ahora tiene que hacer frente al súbito, aunque sea de duda temporal, cese de la guerra contra los palestinos por parte de Sharon debido, segura-

puede prever). Se intensificará la "latinoamericanización" de los servicios de espionaje de la policía y el Ejército de los Estados árabes y musulmanes, es decir, su penetración por aquellos que están a sueldo de Estados Unidos. El problema es que las fuerzas conservadoras que se utilizan en Latinoamérica son absolutamente antimodernas en muchas partes del mundo árabe y musulmán. En lugar de ser un régimen teocrático dominado por fundamentalistas de Estados Unidos, la nación seguirá siendo un lugar de pluralismo, laicismo y otras abominaciones históricas para los conservadores islámicos. Franco, los coroneles griegos y Salazar fueron capaces de superar estas dificultades en Europa, pero sus homólogos islámicos no tienen que tratar con obispos complacientes, sino con mulás enfurecidos. Sus poblaciones, mientras tanto, están totalmente alejadas de la sociedad de consumo.

En este escenario, los europeos tienen un lugar reservado especialmente para ellos en el cielo estadounidense. Aún queda por ver si no resulta ser el infierno. Al haber proclamado inicialmente su disposición instantánea a seguir la política estadounidense, los líderes de las naciones de Europa occidental se han privado de cualquier medio para regatear con el gobierno de Bush. El tipo de reservas que manifiestan ahora será retratado como cobardía, o algo peor. El punto de vista de que las proclamaciones abiertas de fidelidad total pueden ir unidas al uso confidencial del poder persuasivo es ilusoria (como supo De Gaulle y padeció Schmidt cuando tropezó con la crisis de los misiles). Bush padre se vio empujado a tratar con Gorbachov después de que Kohl y Thatcher redujeran públicamente su capacidad para negarse a hacerlo. Los europeos, algunos como los británicos y franceses con gran experiencia con el mundo islámico y grandes poblaciones musulmanas en su interior, pueden encontrar una forma de influir en el gobierno estadounidense, famoso por su estrechez de miras y provincianismo. Una forma de hacerlo es prestar algo de atención a las potenciales fuentes de oposición estadounidense.

Por el momento, ésta parece muy limitada. Sólo un miembro del Congreso, Barbara Lee (que representa a la ciudad negra de Oakland y la ciudad universitaria de Berkeley), tuvo el valor para votar en contra de otorgar poderes extraordinarios al presidente. Hay más que estarían dispuestos a manifestar su oposición y sus críticas si pudieran referirse a iniciativas europeas para formar otro tipo diferente de coalición antiterrorista, una que aspirara a poner fin a los odios etnocéntricos, la pobreza desesperada y la subyugación permanente a un mercado mundial. Nadie en Washington ha sugerido que los perpetradores de los atentados se sometieran a la nueva jurisprudencia internacional que se ha iniciado en La Haya, aunque la

LA POLÍTICA DEL ODIO

Juan Luis Cebrián

El ataque contra el corazón del poder económico y militar de la primera potencia mundial, que pasará a los anales de la historia de la infamia, abre la peor crisis a la que se enfrenta la humanidad desde el final de la Segunda Gran Guerra. No sólo por la humillación y el dolor que han generado entre los ciudadanos del imperio, sino por las inevitables consecuencias que ha de comportar, desde eventuales represalias militares, si se identifica a un Gobierno responsable o se decide designar a alguno como tal, pasando por la agudización de la actual inestabilidad económica, hasta la implantación de un clima perdurable de hostilidad, desconfianza y confrontación en las relaciones internacionales.

No es probable que la ofensiva terrorista, de tamaño y características hasta ahora desconocidos, sea imputable sólo a un grupo reducido de fanáticos, pero, aun en ese supuesto, se trataría de terroristas entrenados y con financiación, que precisarían el amparo de una importante infraestructura. Por lo demás, y sobre todo, para que existan pilotos suicidas y lunáticos criminales capaces de cometer una agresión tan salvaje e inhumana, es precisa la existencia de un caldo de cultivo previo, en el que el odio constituye el motor principal de las decisiones. Las imágenes difundidas por la televisión de un puñado de niños palestinos aplaudiendo y jaleando el derrumbe de las Torres Gemelas de Nueva York son la nauseabunda consecuencia de una política basada en el enfrentamiento entre los pueblos y el desprecio a los derechos humanos, en muchas latitudes del planeta.

Y es sobre este triunfo del odio, anclado muchas veces en el fundamentalismo ideológico o religioso, y que encuentra su mejor campo de acción entre los desheredados de la tierra, los que no tienen nada que perder porque ya lo perdieron todo, sobre el que se vienen estableciendo conscientemente, desde hace años, las bases de un llamado nuevo orden mundial, que amenaza con consolidar el lenguaje de la violencia como el único posible en las relaciones entre los hombres.

La ofensiva terrorista de ayer constituye la puesta en escena, de manera abyecta y brutal, de algunas de las peores características que definen el nuevo milenio. El siglo XX se inauguró con la última guerra romántica de la historia, en la que los hombres defendían su patria a punta de bayoneta y en el cuerpo a cuerpo de las trincheras de Europa. El siglo XXI apenas recién nacido, abre su dietario de enemistad y muerte bajo el signo contradictorio de un vocablo tan manoseado y poco sutil como el de la globalización. Las pasiones estériles

posible contra el odio. Para que nunca más veamos a nadie, niños o mayores, celebrar el asesinato de ningún inocente.

LOS OTROS 11 DE SEPTIEMBRE

Ariel Dorfman

Hace 28 años que el martes 11 de septiembre ha sido para mí y para millones de otros seres humanos una fecha de duelo; ese día en 1973 cuando Chile perdió su democracia en un golpe militar, aquel día en que la muerte entró de una manera irrevocable en nuestra vida y la alteró para siempre.

Y ahora, casi tres décadas más tarde, los dioses malignos del azar histórico han querido imponerle a otro país esa fecha triste, de nuevo un martes, de nuevo un 11 de septiembre de la muerte.

Las diferencias que separan la fecha chilena de la estadounidense no podrían ser, por cierto, mayores. El estremecedor ataque terrorista contra el país más poderoso de la Tierra tiene y tendrá consecuencias para toda la humanidad. Es posible que constituya, como lo ha proclamado Bush, el comienzo de una nueva guerra mundial, y es probable que sea señalado en los manuales del futuro como el día en que la historia del planeta cambió de rumbo.

Y, sin embargo, desde que, transfigurado, presencié en la pantalla de nuestra televisión acá, en Carolina del Norte, aquel segundo avión impactando, con su fuego y su furia calculada, en la Torre Sur del World Trade Center, me ronda la necesidad de entender, de extraer el sentido oculto de esta yuxtaposición de los dos 11, que, para mí, se vuelve aún más enigmática al tratarse de la violación de las dos ciudades fundamentales de mi existencia: Nueva York, que me dio refugio y alegría durante 10 años de infancia, y Santiago, que protegió mi adolescencia y me hizo adulto; las dos ciudades que me dieron mis dos idiomas. Ha sido, entonces, con lentitud, sobreponiéndome al choque emocional, haciendo un esfuerzo por no contaminarme con la foto del hombre que cae verticalmente desde ese edificio, deseando no pensar en aquellos pasajeros del avión que saben que habrán de morir matando a sus propios compatriotas, en medio de llamadas telefónicas que nadie responde para averiguar cómo están tantos amigos y amigas que viven y trabajan en Manhattan, me he ido dando cuenta en forma gradual de que hay algo horriblemente familiar, hasta reconocible, en la experiencia por la que están pasando los norteamericanos. La similitud que evoco va más allá de una comparación fácil y superficial; por ejemplo, que, tanto en Chile como en Estados Unidos, el terror descendió desde el cielo para destruir símbolos de la identidad nacional. Lo que reconozco en forma más profunda es un sufrimiento paralelo, un dolor parecido, una desorientación semejante que se hace eco de lo que nosotros vivimos a

partir de ese 11 de septiembre de 1973. Su encarnación más insólita se encuentra, quizás, allá en la pantalla -me cuesta creer que sea posible-, que muestra a centenares de familiares deambulando por las calles de Nueva York con las fotos de hijos, padres, esposas, amantes, pidiendo información sobre su paradero, si están vivos o están muertos, Estados Unidos entero asomado a la muerte en vida que significa la desaparición, sin certeza ni sepultura, del hombre, de la mujer que amamos. Y reconozco también la sensación de irrealidad que acompaña los grandes desastres causados por la maldad humana, tan diferente de la angustia que crean las catástrofes naturales. Una y otra vez escucho frases que me recuerdan lo que personas como yo pensábamos durante el golpe militar y los días que lo siguieron: 'Esto no puede estar ocurriéndonos. Esto tiene que ser una pesadilla, tiene que ser una pesadilla, pero sigue y sigue y no podemos despertar. Este tipo de violencia extrema le sucede a otra gente, esta violencia sucede en las películas y los libros y las imágenes fotográficas ajenas, no puede ser que ahora haya descendido sobre nosotros'. Y palabras que se repiten inagotablemente: 'Hemos perdido la inocencia. El mundo nunca será el mismo'.

Lo que ha concluido, entonces, es el famoso excepcionalismo norteamericano, aquella actitud que ha permitido a los ciudadanos de este país imaginarse a sí mismos como más allá de los males que plagan a los otros pueblos, menos afortunados, de este planeta. Ninguna de las grandes batallas del siglo XX se había llevado a cabo en el suelo continental norteamericano; hasta el ataque a Pearl Harbor, que es el Día de la Infamia al que los comentaristas hacen constante alusión, acaeció a miles de millas de distancia. Esa invulnerabilidad ha sido fracturada para siempre jamás. La vida norteamericana habrá de compartir, desde ahora en adelante, la precariedad e incertidumbre que sufre la gran mayoría de los otros habitantes de este planeta.

Pese al tremendo dolor y las incalculables pérdidas que esto ha significado, me pregunto si este crimen apocalíptico no constituye a la vez una de esas oportunidades de regeneración y autoconocimiento que de cuando en cuando se les depara a los pueblos. Las crisis pueden conducir a la renovación o a la destrucción, pueden usarse para bien o para mal, para la paz o para la guerra, para la agresión o para la reconciliación, para la venganza o para el perdón. Una forma para los norteamericanos de superar el trauma y sobrevivir al miedo y seguir viviendo en medio de la inseguridad que de pronto se les ha venido encima es admitir que su sufrimiento no es ni único ni exclusivo, que ellos están conectados, siempre que acepten mirarse en el espejo más intenso y vasto de la gran humanidad de la que

formamos parte, con tantos que en otras latitudes han padecido situaciones semejantes de repentina violencia. ¿Será ésa la razón recóndita e inverosímil de que el destino haya decidido que el primer ataque contemporáneo a la esencia misma de Estados Unidos se llevara a cabo ni más ni menos que en la precisa fecha que recuerda un golpe militar que el Gobierno norteamericano alimentó y sustentó? ¿Para que quedara señalado el desafío inmenso que espera a los ciudadanos de este país, ahora que saben de veras lo que significa convertirse en víctimas, ahora que se dan cuenta de lo que es tener a miles de desaparecidos, ahora que pueden por fin acercarse y comprender las múltiples variantes del 11 de septiembre sembradas por el globo, los sufrimientos similares que tantos pueblos y países pueden exhibir?

Los terroristas han querido señalar y aislar a Estados Unidos como una potencia satánica. El resto del planeta, incluyendo a muchos países y hombres y mujeres que han sido el objeto de la prepotencia y la intervención norteamericana, rechaza -como lo hago yo- tal demonización. Basta con ver de qué manera el mundo, en forma casi unánime, ha reaccionado ante la tragedia de Estados Unidos, mostrando su solidaridad y ofreciendo su ayuda.

Falta por ver si esta compasión mostrada ante la nación omnipotente del planeta, Estados Unidos -un país formado en gran parte por habitantes que han huido ellos mismos de vastas catástrofes, hambrunas, dictaduras, persecuciones-, se hace recíproca; falta por ver si los hombres y mujeres de esta nación tan llena de esperanza son capaces de sentir esa misma compasión hacia los otros miembros de nuestra especie, si los nuevos norteamericanos forjados en el dolor y la resurrección están dispuestos a participar en el arduo proceso de reparar a nuestra dañada humanidad.

ESCENARIOS PARA UNA GUERRA GLOBAL

Umberto Eco

La cuestión que estos días turba las conciencias de todos no es si el terrorismo está bien o mal, o si hay que erradicarlo aunque sea de forma violenta: sobre esto hay un consenso unánime, al menos en Occidente y en muchos países árabes, e incluso un pacifista admite que en cualquier reacción de legítima defensa es indispensable cierta dosis de violencia. Si no fuera así, no deberían existir ni siquiera las fuerzas de policía, y no habría que usar la violencia contra quien está disparando a la multitud. Los auténticos problemas son otros: si la guerra es la forma adecuada de violencia y si el enfrentamiento que nos espera debe convertirse en un enfrentamiento de civilizaciones -o, si se prefiere, de culturas-, o una guerra entre Oriente y Occidente. De ahora en adelante usaré, por comodidad, la expresión 'guerra E/O', del mismo modo que durante la Guerra Fría se consideraba, con mucha flexibilidad geográfica, Este a Checoslovaquia y Oeste a Finlandia, Este a China y Oeste a Japón. Y naturalmente, al hablar de un enfrentamiento entre mundo cristiano y mundo musulmán, incluyo entre los cristianos a todos los occidentales, incluidos los ateos y los agnósticos, y en el mundo musulmán también a los fieles de poca fe que beben vino a escondidas sin preocuparse lo más mínimo por el Corán.

Por un lado, las operaciones de guerra pueden empujar en Oriente a las masas fundamentalistas a tomar el poder en los diferentes Estados musulmanes, incluso en algunos de los que apoyan a Estados Unidos; por el otro, la intensificación de atentados insostenibles puede llevar a las masas occidentales a considerar al islam en su conjunto como el enemigo. Tras lo cual tendríamos un enfrentamiento frontal, el Armagedón decisivo, el choque final entre las fuerzas del Bien y las del Mal (y cada parte consideraría mal a la parte contraria). No es un escenario imposible. Por ello, como todos los escenarios, debe dibujarse hasta sus últimas consecuencias.

Admito que para hacerlo hay que practicar el arte de la ciencia-ficción. Pero también el desplome de las dos torres fue anticipado por mucha ciencia-ficción cinematográfica, y, por lo tanto, los escenarios de ciencia-ficción, aunque no necesariamente dicen lo que va a ocurrir sí sirven para decir lo que podría ocurrir.

Choque frontal, pues, igual que en el pasado. Pero en el pasado había una Europa con fronteras bien definidas, con el Mediterráneo entre cristianos e infieles y con los Pirineos,

que mantenían aislada la parte occidental del continente que aún era en parte árabe. Tras lo cual, el enfrentamiento podía asumir dos formas: o el ataque o la contención.

El ataque lo constituyeron las Cruzadas, pero ya se sabe lo que pasó. La única cruzada que llevó a una conquista efectiva (con la instalación de los reinos francos en Oriente Próximo) fue la primera. Después, durante siglo y medio (con Jerusalén de nuevo en manos de los musulmanes), hubo otras siete, sin contar expediciones fanáticas e insensatas como la llamada cruzada de los niños. En todas ellas, la respuesta a la llamada de San Bernardo o de los pontífices fue poco entusiasta y confusa. La segunda cruzada estuvo mal organizada; la tercera vio a Barbarroja morir en el camino; a los franceses e ingleses, llegar a las costas enemigas y, después de alguna conquista y alguna negociación, volverse a casa. En la cuarta, los cristianos se olvidaron de Jerusalén y se pararon a saquear Constantinopla. La quinta y la sexta fueron prácticamente dos viajes de ida y vuelta. En la séptima y la octava, el bueno de San Luis luchó bien en las costas, pero no obtuvo nada consistente y murió allí. Fin de las cruzadas.

La única operación militar de éxito fue, más tarde, la Reconquista de España. Pero no fue una expedición de ultramar, sino más bien una lucha de reunificación nacional (algo así como el Piamonte con el resto de Italia), que no resolvió el enfrentamiento entre los dos mundos, sino que simplemente desplazó la línea fronteriza. En lo que a la contención se refiere, los turcos se detuvieron ante Viena, se ganó la batalla de Lepanto, se erigieron torres en las costas para avistar a los piratas sarracenos, y así durante algunos siglos. Los turcos no conquistaron Europa, pero el enfrentamiento permanece.

Después, en los últimos siglos, asistimos a un nuevo enfrentamiento: Occidente espera a que Oriente se debilite y lo coloniza. Como operación, no hay duda de que estuvo coronada por el éxito, y durante mucho tiempo, pero hoy estamos viendo los resultados. El enfrentamiento no se ha eliminado, sólo se ha agudizado.

Se podría decir que, a fin de cuentas, Occidente ha salido ganando. Europa no fue invadida por los hombres del turbante y la cimitarra, y éstos se han visto obligados a aceptar, en su casa, la tecnología occidental en gran medida. Podría considerarse un éxito si no fuera porque, gracias a la tecnología occidental, Bin Laden ha logrado derribar las dos torres. Imagino que los productores occidentales de armas se frotarán las manos cada vez que consiguen vender alta tecnología bélica a Oriente, y que para celebrarlo comprarán un barco nuevo de cien metros de largo. Si así os va bien, entonces alegraos, muchachos, habéis

ganado.

Pero hasta ahora he faltado a mi promesa y he hablado de historia, no de ciencia-ficción. Pasemos a la ciencia-ficción, que tiene la consoladora ventaja de no ser todavía verdad en el momento en que se imagina.

Volvemos, pues, a plantear el choque frontal; es decir, la guerra E/O. ¿En qué se diferenciaría este choque de los enfrentamientos del pasado? En tiempos de las cruzadas, el potencial bélico de los musulmanes no difería mucho del de los cristianos: espadas y máquinas de asedio estaban a disposición de ambos. Hoy, Occidente tiene ventaja en cuanto a tecnología bélica. Es cierto que, en manos de los fundamentalistas, Pakistán podría usar la bomba atómica, pero como mucho conseguiría arrasar, por ejemplo, París e inmediatamente sus reservas nucleares quedarían destruidas. Si cayera un avión estadounidense, construirían otro; si cayera un avión sirio, tendrían dificultades para comprar otro a Occidente. El Este arrasa París y el Oeste lanza una bomba atómica sobre La Meca. El Este difunde el botulismo por correo y el Oeste le envenena todo el desierto de Arabia, como se hace con los pesticidas en los inmensos campos del Midwest, y mueren hasta los camellos. Estupendo. Tampoco duraría tanto, como mucho un año; después, todos continuarían con las piedras, pero ellos saldrían perdiendo. Con una salvedad: hay otra diferencia con respecto al pasado. En tiempos de las cruzadas, los cristianos no necesitaban hierro árabe para hacer sus espadas, ni los musulmanes hierro cristiano. Ahora, en cambio, incluso nuestra tecnología más avanzada vive del petróleo, y el petróleo lo tienen ellos, por lo menos la mayor parte. Ellos solos, sobre todo si les bombardean los pozos, no pueden extraerlo; pero nosotros nos quedamos sin él. A no ser que se lance en paracaídas a millones de soldados occidentales para conquistar y vigilar los pozos, pero entonces los volarían ellos, y además una guerra por tierra, en esos países, no es tan fácil.

Occidente, por lo tanto, debería reestructurar toda su tecnología para eliminar el petróleo. Y dado que todavía hoy no ha conseguido hacer un automóvil eléctrico que vaya a más de ochenta kilómetros por hora y no tarde una noche en cargarse, no sé cuánto tiempo llevaría esta reconversión. Incluso sin contar con la vulnerabilidad de las nuevas centrales, se necesitaría mucho tiempo para propulsar a los aviones y los tanques, y hacer que nuestras centrales eléctricas funcionaran con energía atómica. Además habría que ver si las Siete Hermanas están de acuerdo. No me asombraría que los petroleros occidentales estuvieran dispuestos a aceptar un mundo islamizado con tal de seguir obteniendo beneficios.

Pero la cosa no acaba aquí. En los buenos tiempos pasados, los sarracenos estaban de un lado, más allá del mar, y los cristianos, de otro. Si durante las cruzadas dos árabes (quizá disfrazados) hubieran intentado erigir una mezquita en Roma, les habrían degollado y no habrían vuelto a intentarlo. Hoy, en cambio, Europa está llena de musulmanes que hablan nuestros idiomas y estudian en nuestras escuelas. Si ya hoy algunos de ellos se alían con los fundamentalistas de su país, imaginemos qué pasaría si tuviésemos una guerra E/O. Sería la primera guerra con un enemigo acomodado en casa y asistido por la seguridad social. Pero, atención, el mismo problema se plantearía en el mundo islámico, que tiene en su casa industrias occidentales e incluso enclaves cristianos como Etiopía. Como el enemigo es malo por definición, damos por perdidos a todos los cristianos del otro lado del mar. La guerra es guerra. Son desde el principio carne de cañón. Ya los canonizaremos a todos después en la plaza de San Pedro.

En cambio, ¿qué hacemos en nuestro país? Si el conflicto se radicaliza más de lo debido, y caen otros dos rascacielos, o incluso San Pedro, tendremos una caza al musulmán. Una especie de noche de San Bartolomé o de Vísperas Sicilianas: se coge a cualquiera que tenga bigote y una piel no excesivamente blanca y se le degüella. Se trata de matar a millones de personas, pero la multitud se ocupará de ello sin necesidad de molestar a las fuerzas armadas. Naturalmente, habría que ver si se degüella también a un árabe cristiano, o a un siciliano que *no* tenga ojos azules de normando, pero somos tan políticamente correctos que en el carné de identidad no figura si se es cristiano o musulmán, y además hay que desconfiar también de los europeos rubios que se han vuelto infieles. Como ya se dijo en la guerra contra los albigenses, de momento matadlos a todos, y luego Dios Reconocerá a los suyos. Por otra parte, no puede uno arriesgarse a hacer una guerra planetaria y permitir que se quede en tu casa un solo fundamentalista, que después puede actuar como kamikaze en una estación.

Podría prevalecer la razón. No degollamos a nadie. Pero incluso los norteamericanos, tan liberales, a principios de la II Guerra Mundial recluyeron en campos de concentración, aunque fuera con mucha humanidad, a todos los japoneses que tenían en casa, aunque hubieran nacido allí. Por lo tanto (y siempre sin hilar fino), se localiza a todos los posibles *musulmanes* -y si, por ejemplo, son etíopes cristianos, qué se le va a hacer, Dios reconocerá a los suyos- y se les pone en algún sitio. ¿Dónde? Con la cantidad de extracomunitarios que andan por Europa, para hacer campos de prisioneros se necesitaría un espacio,

organización, vigilancia, comida y cuidados médicos insostenibles, sin contar con que esos campos serían bombas que estallarían con sólo poner juntos a varios miles, y que no se pueden hacer campos para grupos de a cuatro.

O, si no, se les coge a todos (no es nada fácil -pero ¡ay de nosotros si queda uno solo!- y hay que hacerlo deprisa, de una sola vez), se les carga en una flota de barcos mercantes y se les descarga... ¿Dónde? Se dice: 'Perdone, señor Gaddafi; perdone, señor Husein, ¿le importaría hacerse cargo de tres millones de turcos que intentó expulsar de Alemania?'. La única solución sería la de los traficantes de inmigrantes: se les arroja al mar.

Millones de cadáveres flotando en el Mediterráneo. Me gustaría ver qué Gobierno se atreve a hacerlo, serían mucho peor que desaparecidos, incluso Hitler masacraba poco a poco y a escondidas.

Como alternativa, en vista de que somos buenos, les dejamos que se queden tranquilos en casa, pero detrás de cada uno ponemos a un agente de policía para que lo vigile. ¿Y dónde encontramos tantos agentes? Se reclutan entre los extracomunitarios. ¿Y si después ocurre como en Estados Unidos, donde las compañías aéreas, para ahorrar, dejaban que los inmigrantes del tercer mundo hicieran los controles en los aeropuertos y luego pensaron que a lo mejor no eran de fiar? Naturalmente, todas estas reflexiones las podría hacer, al otro lado de la barricada, un musulmán sensato. El frente fundamentalista, no sería desde luego del todo vencedor, una serie de guerras civiles ensangrentaría sus países desembocando en horribles masacres, también recaerían sobre ellos contragolpes económicos, tendrían menos comida y aún menos medicinas de las pocas que tienen hoy, morirían como moscas. Pero si partimos del punto de vista de un choque frontal, no debemos preocuparnos por sus problemas, sino por los nuestros.

Volviendo, pues, al Oeste, se crearían dentro de nuestras filas grupos filoislámicos, no por fe, sino por oposición a la guerra, nuevas sectas que se negarían a optar por Occidente, seguidores de Gandhi que se cruzarían de brazos y se negarían a colaborar con sus Gobiernos, fanáticos como los de Waco que empezarían (sin ser fundamentalistas musulmanes) a desencadenar el terror para purificar al Occidente corrupto. Pero no es imprescindible pensar sólo en estas franjas. Estoy pensando en la mayoría. ¿Aceptarían todos la disminución de energía eléctrica, sin poder recurrir siquiera a las lámparas de petróleo? ¿El oscurecimiento fatal de los medios de comunicación y no más de una hora de televisión al día? ¿Los viajes en bicicleta en lugar de en automóvil? ¿Cines y discotecas

Vacca ideó escenarios apocalípticos como éstos en su obra *Medioevo prossimo futuro*. Repito: he dibujado un escenario de ciencia-ficción, y naturalmente espero, como todos, que no se haga realidad. Pero lo he hecho para decir lo que, razonando con lógica, podría ocurrir si estallara una guerra E/O. Todos los incidentes que he previsto derivan de la existencia de la globalización, y en este marco, los intereses y exigencias de las fuerzas en conflicto estarían estrechamente enlazados, como ya lo están, en una madeja que no se puede devanar sin destruir.

Lo que significa que, en la era de la globalización, una guerra global es imposible; es decir, que llevaría a la derrota de todos.

APOCALYPSE NOW

Emilio Lamo de Espinosa

Nuestro mundo ya no volverá a ser el mismo, pues el desplome de las dos majestuosas y orgullosas torres del Centro del Comercio Mundial es un hito que marca una nueva etapa, quizás incluso abriendo simbólicamente el siglo XXI, al igual que otra caída arquitectónica, también espectacular y televisada, la del muro de Berlín, marcó el fin del siglo XX. Y lo que veíamos desmoronarse al tiempo que, atónitos, se desmoronaban como un castillo de naipes esas obras de ingeniería y vanidad humana, era la confianza, la confianza en el orden seguro de las cosas, la confianza en el poder, la confianza en la inteligencia del Imperio, desarmado, incapaz, herido, desorientado durante varias horas. No sabemos quién lo ha hecho; tampoco es lo más importante. Todo apunta a una acción del terrorismo islámico, pero lo mismo se dijo cuando el atentado de Oklahoma y el autor resultó ser un ciudadano americano, más populista que de extrema derecha, héroe de la guerra del Golfo. Lo importante es que, sea quien sea su autor, la víctima herida y golpeada es el corazón del poder mundial, que muestra así su vulnerabilidad. Pues si los dos impactos sobre las torres son la parte espectacular, un brindis a Hollywood, el impacto sobre el Pentágono es la humillación de la fuerza e inteligencia del Imperio. Ya nadie puede estar seguro y ni siquiera el escudo antimisiles de Bush garantiza nada. No son misiles lanzados por claros enemigos lo que nos amenaza, sino fuerzas oscuras que emergen de entre nosotros, movidas por ideologías fanatizadas y no por intereses estratégicos, y que extraen su fuerza de nuestras propias debilidades, no de su arsenal o su capacidad.

Cuando se pierde la confianza, ésta es difícil de recobrar. Máxime cuando es consecuencia de nuestra enorme vulnerabilidad. Un buen número de sociólogos llevan más de una década analizando la sociedad riesgo moderna. La complejidad sociotecnológica de nuestras sociedades, que reposan en sistemas expertos encadenados en redes de interacción cada vez más vastas, generan situaciones de alto riesgo tanto más difíciles de controlar cuanto más extensas y profundas sean esas cadenas de interacción. Chernóbil ha sido el símbolo y el argumento más sólido de los teóricos de la sociedad riesgo, como más tarde lo fueron las vacas locas o los problemas medioambientales. Ninguno de ellos pensó en la seguridad ante el terrorismo. Pero para la caída de las torres hicieron falta no una, sino dos bombas. La primera, un simple y anticuado avión cargado de keroseno, ciertamente no un arma sofisticada. Pero sí era sofisticada la segunda bomba, las propias torres que no

podieron soportar el impacto. El avión no causó las muertes; las causaron las torres inmensas cuyos diseñadores habían previsto todo menos eso, como los diseñadores del Titanic previeron todo menos lo que acabó ocurriendo. El orgullo de la arquitectura fálica, símbolo visible de la mundialización económica y donde se alojan buena parte de los grandes bancos de inversión y los operadores de bolsa, caía estrepitosamente arrastrando a miles de personas a un infierno de polvo y cascotes. Es mucho más que un símbolo de la vulnerabilidad de los soportes materiales, informáticos, energéticos o comunicacionales de nuestras sociedades. Hemos sustituido un entorno, un medio ambiente natural, por otro tecnológico, y éste es de tal complejidad que es imposible calcular las consecuencias últimas de sus posibles fallos.

Estamos así ante los inicios de lo que podríamos llamar la Tercera Guerra Mundial o, con mayor propiedad, las Nuevas Guerras. Que no son conflictos de intereses entre potencias establecidas que combaten por un territorio y se reconocen mutuamente como enemigos. Para eso hemos diseñado también complejos sistemas de resolución de conflictos que permiten llegar a acuerdos o al menos posponer indefinidamente el conflicto. Y en última instancia tenemos siempre el recurso a la destrucción mutua asegurada, sin duda un excelente antídoto contra la ambición excesiva. Estamos ante una guerra de guerrillas urbana, movilizadas por ideologías fanatizadas que activan guerreros suicidas, que aprovecha nuestra complejidad para herir y que busca sobre todo la espectacularidad y el impacto que proporcionan los medios de comunicación. El magnicidio de ayer es, como señalaron muchos observadores, un claro casus belli, sin duda más odioso que el bombardeo de Pearl Harbor, contra objetivos militares y con un número muy inferior de víctimas. Pero ¿casus belli contra quién? No hay país que asuma esta nueva guerra, pues la forma de la nueva guerra es el terrorismo. Tenía razón Huntington al señalar que, tras las guerras de dinastías del siglo XVIII, las guerras entre naciones del XIX y la guerra civil de clases sociales del XX, íbamos a entrar en una nueva fase de conflictos bélicos. No está nada claro que éstos vayan a ser guerras de civilizaciones, y menos clara aún la incompatibilidad del islam con la modernidad (que Huntington y Sartori teorizan), pero, de serlo, sería sólo una guerra contra el islam, en gran parte autocumplida y autogenerada, lo que, por cierto, colocaría a España en la misma frontera norte del conflicto, algo que interesa evitar a toda costa (y en primer lugar a las empresas orientadas al turismo, las primeras que vieron sus cotizaciones desplomarse el miércoles por la mañana). Es una nueva guerra civil, ciertamente, con ribetes importantes de guerra de clase, pero no la guerra civil de Occidente, sino del mundo, otro producto más de

la globalización, y en el que las alianzas más espurias e insensatas pueden ser realidad. Una nueva guerra, la terrorista, que no es ya la continuación de la política por otros medios como diseñó Clausewitz, sino la política misma que se expresa no mediante palabras o argumentos, sino con espectáculos dirigidos al gran público.

Pues esto último es quizás la clave explicativa no de los móviles, pero sí del procedimiento y de los objetivos. Lo que vimos ayer no fue un ataque contra objetivos militares o estratégicos, sino una gigantesca superproducción que ni el más osado Spielberg hubiera podido imaginar. Un espectáculo dantesco y gigantesco que pretende (y consigue) impactarnos, palabra clave en este contexto. Pues ¿cuántos "impactos", ahora en términos de marketing televisivo, obtuvieron los terroristas a partir de sólo tres impactos físicos? ¿Qué mayor operación de publicidad? ¿Cuántos miles de millones de telespectadores? Sólo faltaba que lo hubieran anunciado previamente para así poder vender la publicidad prime time. Sin la televisión no hay impacto y sin impacto publicitario no hay terrorismo. Es una guerra terrorista diseñada y preparada para la sociedad virtual, la contrapartida de la Guerra del Golfo. Su objetivo último no son ni las torres ni el Pentágono, sino los millones de telespectadores; su objetivo somos nosotros, fascinados y aterrados ante la pantalla del televisor. Qué es lo que nos quieren transmitir no es fácil de identificar, pero en todo caso sí dicen: aquí estoy yo. Un mensaje narcisista de autoafirmación delirante.

Una última consecuencia provisional a extraer. Lo que ha fallado estrepitosamente son los sistemas de inteligencia y, más concretamente, la inteligencia humana, no la tecnológica. El gobierno de Estados Unidos, como el de casi todos los países, aparece fascinado por los sistemas de inteligencia de alta tecnología, que son capaces de detectar desde un satélite la matrícula de un automóvil. También muy espectacular y cinematográfico. Sistemas de los que se espera que proporcionen seguridad, un bien crecientemente escaso. Y han marginado la inteligencia humana, que, enredada con el enemigo cuando aún es potencial, puede prevenir acciones de este tipo. Pero, sobre todo, han marginado la verdadera política, la que soluciona el conflicto en lugar de enquistarlo y enconarlo, justamente lo que ocurre actualmente en Palestina.

Cuál pueda ser la reacción del pueblo americano es difícil de prever, aunque, de momento, la impresión es de una gran serenidad después del pasmo y el horror. Pero sí es clara cuál debe ser nuestra reacción: mostrar nuestra solidaridad total es sin duda lo mejor que podemos hacer, pues nada sería peor que el que este magnicidio reforzara las tendencias aislacionistas siempre presentes en Estados Unidos.

GLOBALIZACIÓN DEL TERROR

Felipe González

El horror y la incredulidad lo cubren todo. La globalización de la información provoca, en tiempo real, el mismo efecto en lugares muy distantes del planeta. Nos negamos a creer que está pasando y repetimos una y otra vez el mismo gesto ante las mismas imágenes.

Se reclama, con angustia comprensible, liderazgo político para responder a la amenaza, para encontrar y castigar a los culpables, para recuperar algo de la confianza perdida con brutalidad sin precedentes en los últimos 50 años.

Pero el liderazgo que se reclama, de los mismos políticos a los que sistemáticamente se desprecia, tiene que ser de respuesta, no meramente declarativo; tiene que ser sensible al estado de ánimo de los ciudadanos, pero no dejarse arrastrar por él; tiene que ser eficaz más que espectacular, porque el inmenso horror de la tragedia que estamos viviendo disminuirá, pero la amenaza permanecerá, e incluso, si se cometen errores, aumentará. El orden internacional post muro de Berlín, en términos de seguridad, con sus implicaciones económico-sociales, no sólo de defensa ante las amenazas, no está definido -mucho menos articulado- porque ni siquiera están identificadas las verdaderas amenazas.

Los atentados de las Torres Gemelas y del Pentágono funcionarán como catalizadores y precipitadores de una crisis que ya estábamos viviendo en la economía internacional, pero que dentro de unos meses se identificará con el brutal ataque terrorista.

La necesidad de encontrar al enemigo, de poner un rostro al mal, puede arrastrarnos a criminalizar al otro, al que es diferente en sus creencias religiosas, en sus pautas culturales o en el color de su piel, deslizándonos hacia un mundo enfrentado por razones alternativas a las que lo dividían antes de la caída del muro, y aún más peligrosas para la paz.

¿Es posible encontrar una respuesta a la crisis de seguridad que pone en riesgo tantas vidas humanas? ¿Es posible actuar contra la precipitación de la crisis económico-financiera en la que ya estábamos inmersos? ¿Es posible disminuir las tensiones que recorren distintas regiones del planeta, en algunos casos con fuerza expansiva incalculable? ¿Es posible avanzar por el camino de la gobernabilidad -no hablo del gobierno- de esta nueva realidad planetaria inducida por el fenómeno de la globalización de la información, la economía, las finanzas, y... ahora el terror?

De la corrección de las respuestas que EE UU y los países de la OTAN, más otras alianzas posibles, sean capaces de producir penderán consecuencias de enorme

trascendencia para la paz mundial. Imagino el 89 como el final del siglo XX, pero este salvaje atentado nos pone ante los desafíos del siglo XXI. En el periodo intermedio hay que reconocer que hemos sido poco conscientes de los cambios que se estaban produciendo y de sus implicaciones.

Los ciudadanos pueden y deben saber que la lucha contra la criminalidad organizada en forma de terrorismo se puede combatir con eficacia si se identifica como la principal amenaza, mucho más real que la supuesta de la que nos defendería un escudo espacial antimisiles. Si se acepta así, la información es el 85% de la lucha por la erradicación de este fenómeno. El 15% restante serían las operaciones derivadas para capturar y destruir las tramas.

Lo más dramático es que la información a la que me refiero está disponible en su casi totalidad, y llegaría al máximo de eficacia si se pusiera en común por una docena de países que se consideran amigos y aliados. Pero esto no ocurre. Es más fácil intercambiar información de servicios en el terreno militar clásico que entre los servicios de información de estos aliados referidos a la lucha contra este tipo de amenaza.

La consecuencia de actuar así, aquí y desde ahora, sería la de acertar con precisión en la respuesta, garantizar un incremento de la eficacia en el futuro, y evitar el error, aunque sea comprensible en momentos de emoción, de acciones precipitadas que escalen la violencia en lugar de contenerla.

El esfuerzo inmediato para enfriar conflictos regionales como los que se viven en Próximo Oriente, o en otros lugares del mundo, que tenderán a exacerbarse con efectos de violencia suprarregionales, es una necesidad para avanzar en una nueva arquitectura de convivencia internacional. La Unión Europea puede y debe jugar su papel, riguroso y exigente, no sólo pagar facturas de las decisiones de otros.

Precipitados todos los factores de desconfianza económica y financiera, los actores políticos tienen que dar un paso adelante para regenerar esa confianza que no podrán recuperar los protagonistas directos de los mercados. Más liquidez, menos tipos de interés y recuperar el razonamiento de Keynes, aplicándolo a la nueva realidad, no reproduciéndolo miméticamente, ayudará, si la seguridad frente al terror mejora, a remontar una crisis mundial a la que no se quiere identificar como tal, a pesar de que Japón, EE UU y Europa estén inmersos en ella.

Finalmente, el desorden de la globalización, con sus lacerantes incrementos de las diferencias, los incontenibles flujos migratorios huyendo de la miseria o de la tiranía, la

imprevisibilidad del casino financiero internacional o los crecientes odios interculturales, reclama un esfuerzo de construcción del nuevo orden internacional del siglo XXI, añadiendo factores que hagan más gobernable este escenario, en lugar de pretender construcciones excesivamente teóricas sobre el supuesto Gobierno del Mundo tan querido a los cartesianos puros. (¿A quién aceptaríamos presidiendo ese Gobierno Mundial?).

Espacios regionales supranacionales, como la Unión Europea o como el Mercosur, podrían ir configurando una nueva gobernabilidad más equilibrada, más cooperativa y solidaria. La revisión del funcionamiento de instancias como el FMI, el Banco Mundial o las propias Naciones Unidas deberían acompañar este proceso de mayor gobernabilidad. Es posible, no sólo deseable, poner en marcha las respuestas para mejorar la seguridad, identificando y combatiendo la peor criminalidad que se conoce: el terrorismo, como el enemigo de la convivencia en paz y en libertad, más peligroso y evidente.

Es posible hacerlo sin deslizarse hacia el odio entre religiones, culturas o civilizaciones, porque no está ahí el problema, pero la confusión puede contribuir a agravarlo en vez de resolverlo.

Es posible disminuir las tensiones regionales con efectos expansivos de violencia. El Mediterráneo, cuna y cruce de civilizaciones, debe tender hacia la superación de los choques que se viven en él, de uno a otro extremo. El Cáucaso, que no queremos ver aunque pesará en los próximos años, y tantos otros.

Es posible combatir la primera gran crisis de la nueva economía, que se nos anunciaba sin ciclos, de bonanza sin fin, al tiempo que veíamos el incremento de la pobreza, la pérdida de la cantidad y la calidad de la cooperación internacional y de la cohesión interna en los países ricos.

Es posible construir una Europa Política, con sus valores fundacionales, como democracia local reforzada y como poder global relevante para mejorar la cohesión interna y contribuir decisivamente a la paz y la solidaridad internacional.

Podemos atacar las causas inmediatas de la inseguridad y enfrentar un nuevo rumbo para acabar con los caldos de cultivo.

Los terroristas que atacaron Estados Unidos el 11 de septiembre son personas que le rezan al Dios del Odio. Su atentado no tiene como objetivo cambiar una política estadounidense determinada, no plantearon ninguna exigencia. Su atentado está movido por el puro odio y el nihilismo, y sus objetivos son las instituciones en las que se basa el modo de vida estadounidense, desde nuestros mercados hasta nuestro ejército.

Es necesario desarraigar y destruir a estos terroristas. Pero no debe hacerse de manera que nos convierta en los principales captadores de seguidores de Osama Bin Laden. Porque estos terroristas musulmanes no sólo querían matar estadounidenses. Ésa no es toda su misión. Esta gente piensa estratégicamente. También quieren provocar el tipo de represalia masiva estadounidense que no distingue unos musulmanes de otros.

Ésa sería su victoria suprema, porque conciben el mundo como un choque de civilizaciones, y quieren que todo musulmán lo vea de esa manera y se una a su yihad.

Los estadounidenses sólo consiguieron realmente derrotar a las grandes tabacaleras cuando personas de dentro hablaron públicamente y admitieron que su propio sector, y sus propios jefes, eran vendedores de cáncer.

De manera similar, la única oportunidad real de derrotar a estos terroristas nihilistas no es sólo bombardearlos. Eso es necesario, pero no suficiente, porque otra generación brotará después de ellos y tomará su puesto. Sólo sus propias comunidades religiosas y sus propias sociedades pueden realmente frenarlos y deslegitimarlos. Y eso sólo sucederá cuando la mayoría musulmana reconozca que los Osama bin Laden están conduciendo a la destrucción y a la denigración de su propia religión y de sus sociedades.

Esta guerra civil dentro del Islam, entre los modernistas y los medievalistas, lleva en realidad años librándose, especialmente en Egipto, Argelia, Arabia Saudí, Jordania y Pakistán. Necesitamos fortalecer a los buenos de esta guerra civil. Y eso requiere una estrategia social, política y económica tan avanzada y generosa como la militar.

El no aplicar una represalia feroz a este ataque es sencillamente invitar a que se produzca otro peor mañana, y una interminable guerra contra los terroristas. Pero llevar a cabo una represalia que no distinga entre aquellos que rezan al Dios del Odio y aquellos que rezan al mismo Dios que nosotros es invitar a que se produzca una interminable guerra entre civilizaciones, una guerra que nos pondría a todos en la sección de fumadores.

NUEVA REALIDAD, NUEVA LEGALIDAD

Carlos Fuentes

Fue el siglo más corto, dijo memorablemente el historiador inglés Eric Hobsbawm. De Sarajevo a Sarajevo. De 1914 a 1994. Pero si es cierto que el larguísimo siglo XIX se extendió de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial, el brevísimo siglo XX, que comenzó con 'los cañones de agosto' de 1914, título de un gran libro de Barbara Tuchman, en realidad terminó con la caída del muro de Berlín en 1989, frontera final de la guerra fría.

Equilibrio de terror, esferas de influencia, maniqueísmo ideológico, mundo bipolar dominado por la rivalidad de las dos superpotencias, los EE UU de América y la Unión Soviética. Qué lejano, qué nostálgico nos parece hoy ese universo del equilibrio nuclear, a la luz de los terribles acontecimientos del 11 de septiembre de 2001.

Se habló del paso a un mundo multipolar, extraña cabeza de la hidra en la que, además de Rusia y los EE UU, la Comunidad Europea, América Latina, África y Asia serían nuevos centros de poder. La realidad fue otra: del mundo bipolar pasamos al mundo unipolar, dominado, desde Washington, por una sola gran potencia.

En vez de la cabeza de la hidra, la mirada de la Medusa, capaz de convertir en piedra a cualquier nación que la desafíe. Se habló del triunfo de la globalidad, basada en un mercado mundial de prosperidad creciente y valores económicos, políticos y culturales identificados con la democracia, portadora de valores resistentes a la uniformización, y de culturas como fuerzas visibles que darían voz a las agendas postpuestas por medio siglo de guerra fría.

Pero no se previó con suficiencia que la globalidad en sí misma no daría sus frutos sin la prevalencia del derecho y que una globalidad sin reglas conduciría a desequilibrios peligrosos y a injusticias perpetuadas.

En 1999, el presidente Bill Clinton le recordó a la Asamblea General de la ONU que más de mil millones de seres humanos viven con menos de un dólar diario y que cada año cuarenta millones de hombres, mujeres y niños mueren de hambre en nuestro mundo feliz. El veinte por ciento de la población mundial consume el noventa por ciento del producto mundial.

Las cifras de la injusticia abundan, todos las conocen, pero cuando no se responde a la injusticia con indiferencia se responde con esfuerzos humanitarios loables, pero insuficientes. Pero así como la globalidad demostró sus carencias, la localidad no tardó en

enseñamos las suyas: regresiones a oscuras certidumbres, fatalismos aberrantes, fobias latentes, nacionalismos agresivos, fundamentalismos religiosos, limpieza étnica, tribalismo intolerante.

Son éstos los mundos que chocaron trágicamente sobre las metrópolis norteamericanas el 11 de septiembre: los vicios de la globalización irrestricta dominada por una sola potencia y los vicios de la localización irrestricta dominada por tribalismos intolerantes. En Nueva York y Washington sucedió que la potencia mayor demostró su impotencia y la impotencia mayor demostró su potencia.

La potencia mayor demostró su impotencia y la impotencia mayor demostró su potencia.

Puede formularse una lista de agravios que suma los sufrimientos impuestos a sociedades enteras por la política imperial de los EE UU en Centroamérica, Vietnam y el Oriente Próximo, y a sus propios pueblos por los gobiernos represivos de China, Rusia, Irak, Irán, Argentina o Chile.

Puede recordarse la ceguera rayana en la oligofrenia de los gobiernos norteamericanos que alimentaron con leche a las víboras que luego les respondieron con veneno.

Sadam Hussein es un producto de la diplomacia norteamericana para limitar y cercar a los ayatolas triunfantes e intolerantes de Irán.

Osama Bin Laden es un producto de la diplomacia norteamericana fortalecido para contrarrestar la presencia soviética en Afganistán. De Castillo Armas, en Guatemala, a Pinochet, en Chile, fue la diplomacia norteamericana la que implantó a las más sanguinarias dictaduras de la América Latina. Y en Vietnam, aunque se enfrentaron ejércitos, la población civil fue la víctima más numerosa y fatal del enfrentamiento, hasta convertir la excepción de ayer -Guernica, Coventry, Dresde- en la regla de hoy: las principales y a veces las únicas víctimas de los conflictos actuales son civiles inocentes.

Estaba yo en Santa Fe dando unas conferencias cuando ocurrió el ataque terrorista contra Washington y Nueva York. Santa Fe nunca será objeto de un ataque destructor. Su encanto provinciano, recoleto, indio, español y americano, la salva de la tentación destructiva. Pero allí mismo, en Nuevo México, se sentía igual que en Manhattan el dolor ante la muerte de los inocentes.

El 'ataque a América' que sirvió de lema a todas las transmisiones de televisión fue un ataque a hombres, mujeres y niños concretos; fue un ataque a padres e hijos, a abuelos y

hermanos, a amigos y compañeros de trabajo... Esto es lo intolerable, esto es lo que rebasa toda racionalidad. Son los niños palestinos asesinados por las fuerzas vengativas de Ariel Sharon. Son los jóvenes israelíes asesinados por las fuerzas fuera de control de Yasir Arafat. Son los civiles sin rostro muertos por las 'bombas inteligentes' que los EE UU llovieron sobre Bagdad...Aflora la fácil tentación de la venganza babilónica, la ley de Hamurrabi, la ley del talión: ojo por ojo, diente por diente.

Es la salida fácil. Es la salida inútil. Es la represalia que provoca la nueva represalia, en una espiral incontenible de violencia que puede englobarnos a todos. Es la represalia norteamericana contra un enemigo sin rostro que alienta y justifica las represalias rusas contra Chechenia y las represalias chinas contra sus etnias septentrionales. Es la represalia que, como la mancha de sangre de Macbeth, se extiende hasta ahogarlo todo, incluso el sueño.

El problema para los EE UU es vengarse sin saber de quién, atacar sin saber a quién. La tentación de darle rostro al enemigo invisible es muy grande y pueden pagar justos por pecadores. No es ése el camino. Es demasiado fácil. Es demasiado irreflexivo. Es demasiado peligroso. Justifica represiones, vendettas, la mística de la cruzada contra lo diferente...

Pero, sobre todo, hablar de 'represalias' es obviar el tema que reclama nuestra atención concentrada si vamos a convivir civilizadamente en el siglo XXI. Ese tema -lo ha venido proclamando desde que cayó el muro de Berlín- es crear una nueva legalidad para una nueva realidad.

El fin de la historia proclamado por Francis Fukuyama hace una década, hoy suena a broma. Lejos de terminar, la historia se ha vuelto tan rápida, el espacio tan grande y el tiempo tan breve que todas las formas forjadas durante un milenio -Estado, Nación, Sociedad Civil, Soberanía- se están disolviendo, en tanto que se han reafirmado tribus, clanes, cotos lingüísticos y religiosos.

La globalidad no ha logrado crear una legalidad que gobierne por igual a los Estados nacionales dañados y a los tribalismos locales resurrectos. El 'enemigo' no tiene cara. Pero, acaso la tiene el 'amigo'. Decir que quien siembra vientos cosecha tempestades no basta para suplir el inmenso dolor de la muerte de los inocentes en Nueva York y Washington.

Pero confrontar a los EE UU con sus obligaciones internacionales sí le da un rostro a la posibilidad de una nueva legalidad para una nueva realidad. Si Estado, Nación, Comunidad Internacional, no se comprometen con Legalidad superior a las fuerzas del

mercado y del crimen, éstas se impondrán con la fuerza de la fatalidad invisible.

Los EE UU de América no podrán quejarse de un ataque sangriento, vil y artero como el del 11 de septiembre si los EE UU de América se excluyen de la legalidad internacional, reniegan de los tratados de protección del medio ambiente, privilegian a compañías explotadoras del equilibrio natural, rehúyen sujetarse a las normas de la justicia internacional propuestas por el Tribunal de Roma en nombre de una soberanía que le niegan a los más débiles, y rompen el balance militar mantenido desde 1972 por el tratado ABM con un delirante proyecto de escudos antimisiles que no sirven un puro carajo frente a una docena de terroristas armados con 'cuchillas de mantequilla' a bordo de un jet comercial...

¿Carecemos de inteligencia jurídica y diplomática para responder a este desafío?

Si los EE UU quieren en verdad combatir el terrorismo que tan impunemente le ha llagado su corazón nacional deben aprovechar esta trágica oportunidad para unirse a los esfuerzos encaminados a sancionar legalmente los crímenes de guerra y los abusos contra los derechos humanos, reforzar a los organismos internacionales, sumarse a las medidas protectoras del medio ambiente, encabezar las campañas para la erradicación de la pobreza, el hambre, la enfermedad y el analfabetismo en un mundo cada vez más injusto, más dividido, más explosivo, verdadero caldo de cultivo para criminales como los que el 11 de septiembre se rieron de la coraza antimisiles, se rieron de la CIA y su notoria falta de inteligencia, se rieron de la incapacidad toda de la única gran potencia para vivir fuera del sueño embriagante de su propio poder y sumarse, al fin, a la construcción de una nueva legalidad para una nueva realidad.

Han caído las jurisdicciones de antaño. El terrorismo, el crimen organizado, el imperio de la droga, rebasan toda jurisdicción; crean jurisdicciones propias fuera de todo alcance. Nueva legalidad para una nueva realidad: ¿carecemos de inteligencia jurídica y diplomática para responder a este desafío?, ¿carecemos de la inteligencia negociadora para ir desmontando los mecanismos de conflicto que provoca el terrorismo?, ¿carecemos de la voluntad de negociación para allanar, una a una, las avenidas hoy obstruidas hacia la paz y la legalidad en Oriente Próximo, en Irlanda del Norte, en el País Vasco? Tarea lenta, a veces desesperante, pero que nunca debe ser desesperada.

APRENDERDE LAS LECCIONES DEL PASADO

David Held y Mary Kaldor

Los ataques contra las Torres Gemelas del World Trade Center y el Pentágono fueron un crimen global contra la humanidad. Las víctimas eran personas de todas las nacionalidades, etnias y credos religiosos. Los perpetradores eran una siniestra red transnacional de fanáticos, movidos por una poderosa mezcla de odio y creencias religiosas fuera de lugar. Como han señalado muchos expertos, no fue sólo un ataque contra las 6.000 personas o más que murieron; fue un ataque contra valores que amamos: la libertad, la democracia, el sistema de derecho y, por encima de todo, la humanidad.

Es necesario hacer toda clase de esfuerzos, incluida la acción militar, para eliminar la red y desacreditar totalmente su atractivo. Pero dichos esfuerzos no se deben equiparar a una guerra a la antigua usanza. Si no conseguimos comprender esto, nos arriesgamos a un ciclo interminable de violencia y de terror.

El presidente Bush describió los atentados como 'un nuevo tipo de guerra' y, de hecho, los atentados se pueden interpretar como una versión más espectacular de las guerras que hemos presenciado durante la pasada década en los Balcanes, Oriente Próximo y África. Estas guerras son muy diferentes de la II Guerra Mundial, por poner un ejemplo. Son guerras difíciles de acabar y difíciles de contener, en las que hasta ahora no ha habido victorias claras y sí muchas derrotas para aquellos que representan los valores de la humanidad y del bienestar humano. Hay mucho que aprender de estas experiencias y que está relacionado con la situación a la que ahora nos enfrentamos.

Vivimos en un mundo en el que los anticuados conflictos bélicos entre Estados se han vuelto anacrónicos. En la actualidad, aunque los Estados sigan siendo importantes, funcionan en un mundo menos moldeado por el poderío militar y más por complejos procesos sociales y políticos que afectan a instituciones internacionales, agrupaciones regionales, empresas multinacionales, movimientos sociales, grupos de ciudadanos y, naturalmente, a integristas y terroristas.

El perfil de esta 'nueva guerra' es característico porque la variedad de los grupos sociales y políticos involucrados ya no encaja en el patrón de la guerra clásica entre Estados; el tipo de violencia desplegada por los agresores terroristas ya no es llevada a cabo por los agentes de un Estado (aunque pueda haber Estados, o facciones de un Estado, que

se desempeñen un papel de apoyo); la violencia es dispersa y fragmentada, y está dirigida contra los ciudadanos; y los objetivos políticos se combinan con la comisión deliberada de atrocidades que suponen una violación masiva de los derechos humanos. Una guerra así no se hace por intereses de Estado, sino por identidad, celo y fanatismo religiosos. El objetivo no es obtener territorio, como sucedía en las 'viejas guerras', sino conseguir poder político a través de la propagación del miedo y el odio. La guerra en sí es una forma de movilización política en la que la experiencia de la violencia promueve las causas extremistas.

En la política de seguridad de Occidente hay una peligrosa disyunción entre el pensamiento dominante sobre la seguridad, que está basado en las 'viejas guerras', y la realidad sobre el terreno. La llamada revolución de los asuntos militares, el desarrollo de armamento de alta tecnología para hacer la guerra a distancia y las propuestas para una defensa nacional antimisiles estaban todas basadas en supuestos trasnochados acerca de la naturaleza de la guerra, la idea de que es posible proteger el territorio frente a los ataques de otros Estados. El lenguaje del presidente Bush, con su énfasis en la defensa de Estados Unidos y en la división del mundo entre 'los que están con nosotros y los que están contra nosotros', tiende a reproducir la ilusión, extraída de la experiencia de la II Guerra Mundial, de que ésta es una guerra entre Estados 'buenos' dirigidos por Estados Unidos y Estados 'malos' que acogen a terroristas. Un planteamiento así es muy peligroso. Hoy día, la victoria militar es muy difícil, si no imposible, porque las ventajas de una tecnología supuestamente superior se han ido reduciendo poco a poco. Como descubrieron los rusos en Afganistán y en Chechenia, los estadounidenses en Vietnam y los israelíes en el periodo actual, la conquista de territorio por medios militares se ha ido convirtiendo progresivamente en una forma obsoleta de hacer la guerra.

El riesgo de reaccionar ante el 11 de septiembre como si se tratase de una 'vieja guerra', de concentrar la acción militar sobre Estados como Afganistán o Pakistán, es el de ahondar más en el miedo y el odio, el de una 'guerra nueva' entre Occidente y el Islam, una guerra no entre Estados, sino dentro de cada comunidad, tanto en Occidente como en Oriente Próximo. Sin duda, los terroristas siempre tuvieron la esperanza de un ataque aéreo, que atraerá a más afiliados a su causa. Sin duda están esperando vivamente una división global entre los Estados que se pongan del lado de Estados Unidos y los que no lo hagan.

Las redes islámicas fanáticas que probablemente fueron las responsables de los atentados tienen células en muchos lugares, entre ellos Gran Bretaña y Estados Unidos. El

as opciones vitales, no es algo cuya resolución pueda dejarse en manos de los mercados. Los que son más pobres y más vulnerables, que están atrapados en situaciones geopolíticas que se han desentendido de sus reivindicaciones económicas y políticas durante generaciones, siempre serán terreno abonado para los reclutadores de terroristas. El proyecto de la globalización económica tiene que ir unido a unos principios manifiestos de justicia social; y la economía mundial tiene que estar enmarcada en un nuevo bienestar social y en unas nuevas normas y condiciones medioambientales.

La pieza central de la justicia global y de la legitimidad política tiene que ser un movimiento popular que difunda los valores de la pluralidad cultural, los derechos humanos y el sistema de derecho, y que pueda atraer a gente de todas las culturas. Todas las personas de todos los países tienen un papel que desempeñar a la hora de unir a la gente, protegerla y tender la mano, especialmente a los musulmanes, pero no sólo a ellos.

En el momento presente, el peligro es que nuestros líderes políticos reaccionen según formas anacrónicas de pensar con respecto a la guerra y, en el ardor del momento, empeoren la situación todavía más con el uso absurdo de un lenguaje y una conducta propios de vaqueros: daños a nuestros enemigos 'vivos o muertos'. Las consecuencias podrían ser incluso más terribles de lo que ahora podemos imaginar. La alternativa es reconocer la novedad de la situación actual, aprender las lecciones de otras 'nuevas guerras' más pequeñas y las profundas dificultades de alcanzar una victoria militar que tenga sentido, involucrar a la gente en un proceso político y no militar, y asegurarse de que los medios y los fines políticos se engranan en la búsqueda de la justicia. No es una alternativa fácil, pero a la larga es la única esperanza.

Un nuevo pacto global para la justicia y la paz tiene que reemplazar a la política de los fanáticos, los vaqueros y las turbas de linchamiento.

EL CAOS

Jean Daniel

No es lo mismo saber que tener pruebas. No es lo mismo saber que nuestros prójimos van a morir y llorar su muerte. Sabíamos que ya no hay hiperpotencia ni superpotencia ni nación invencible ni santuario inviolable. Lo sabíamos de forma abstracta. Ahora tenemos la prueba. El ataque de Pearl Harbour no fue nada en comparación con lo que acaba de ocurrir en Nueva York y en Washington. En 1941 se conocía a los agresores. La agresión tuvo lugar lejos del territorio estadounidense. Las represalias eran posibles. Hoy, antes incluso de preguntarnos sobre la identidad de los autores de estos atentados, estamos frente a un simple caos, el de lo imprevisible y lo irresponsable.

Sí, lo sabemos todo sobre todo. El 25 de agosto de 1998 todos los periódicos del mundo publicaban grandes titulares para comentar los bombardeos efectuados por Estados Unidos como represalia a los atentados antiamericanos en Tanzania y Kenia. Los lugares bombardeados se encontraban en Sudán y Afganistán, dos países que supuestamente constituían la logística sofisticada y opulenta de las redes de Osama Bin Laden, un multimillonario saudí dispuesto a hacer desaparecer la reputación de invencible de Estados Unidos. Es interesante recordar esos titulares: 'Estados Unidos festejará el milenio con la angustia de ataques terroristas'. 'El alcalde de Seattle ha cancelado las celebraciones al temer las autoridades norteamericanas atentados islamistas'. 'Washington se prepara para una larga batalla contra el terrorismo islámico'. 'Bill Clinton anuncia una lucha de larga duración contra el terrorismo', y por último, otro titular: 'Contra el terrorismo, sólo hay una guerra posible: la Información'. Hace ya tres años todos dijimos todo. Todo dicho, todo previsto, y una de las más prestigiosas revistas norteamericanas, Foreign Rep-port, publicaba un informe oficial sobre la relativa incapacidad para prevenir un acto terrorista. Sobre todo en el interior de un país que ve cómo su población de inmigrantes aumenta en un millón cada año, población trabajada en sus ambientes más míseros y más ligados al islamismo por potentes organizaciones terroristas. Ese informe era aún más pesimista. Evocaba sobre todo una duda sobre la capacidad del famoso escudo antimisiles para prevenir una acción terrorista. 'Tendremos todos los medios para protegernos de una agresión de países que no piensan en atacarnos y ninguna forma de evitar atentados por parte de los que, al contrario, no piensan en otra cosa'. Conclusión: sólo tenemos a nuestra disposición nuestros servicios de información y los de nuestros aliados en los países

sospechosos de albergar terroristas.

La CIA nunca ha conseguido, aparentemente, estar informada de los proyectos de los terroristas, ni infiltrarse en sus redes. Lo vimos el 19 de octubre de 2000, cuando Bill Clinton se comprometió de forma teatral a acorralar y abatir a los responsables del atentado que mató a 17 norteamericanos el 12 de octubre en el destructor norteamericano US Cole en el puerto de Aden. Además, y esto es revelador, Clinton añadió que sus soldados 'montaban guardia en una región que puede llevar al mundo a la guerra'. ¿Pero qué guerra? Los analistas militares en Washington tuvieron una reacción inmediata que además se consideró simplista y xenófoba. Según ellos, ahora ya hay una Internacional islámica. Es radicalmente antioccidental, a menudo anticreyente y en todo caso ferozmente antiamericana. Para los asiáticos, que desde Pakistán, antes protegido por Estados Unidos, proporcionan las bases de los cerebros terroristas, Israel es sólo un posible detonante que se utiliza para unir en un mismo combate a los musulmanes de Asia y los árabes de Oriente Próximo. No sabemos nada sobre la verosimilitud de esta tesis. Es cierto que sirve de coartada a las acciones de Putin en Chechenia. Es cierto que el jefe afgano Masud -víctima de un atentado el 9 de septiembre- ha confirmado la existencia de una red islámico-terrorista. Por último, es cierto que el apoyo incondicional de Estados Unidos a Israel suscita, cuando se trata de Jerusalén, una emoción a veces vengativa en mil millones de musulmanes. Pero los palestinos parecen fuera de causa. No sólo por las declaraciones de Yasir Arafat condenando los atentados, sino porque los movimientos afganos y otros, aunque han tenido autoridad sobre los terroristas argelinos, nunca han podido imponer su autoridad a los movimientos extremistas palestinos.

Después de a los expertos militares les llegó el turno a los ensayistas como Samuel Huntington de recordar su tesis sobre el choque de las civilizaciones. En el futuro no habrá conflicto de proximidad y de soberanía, ya que las convulsiones actuales habrán acabado con los conflictos puramente nacionalistas. Iremos hacia una reagrupación de civilizaciones enteras, algunas de las cuales buscarán el enfrentamiento. El blanco principal será Occidente y sobre todo Estados Unidos.

Esta tesis, considerada ligera hace algunos años, ha hecho su reaparición entre los pensadores del Departamento de Estado y del Pentágono al surgir la supuesta Internacional islámica. Sin duda se admite que las sociedades musulmanas y árabes sufren más conflictos internos que los que afrontan juntas contra Occidente. La burguesía, las élites, los directivos, están occidentalizados. A lo que el mismo Huntington responde que se puede beber Coca-

DESPUÉS DEL HORROR

Paul Krugman

Parece casi de mal gusto hablar de dólares después de un acto de asesinato masivo. Aun así, debemos preguntarnos por las repercusiones económicas del horror que tuvo lugar el martes.

No hace falta que estas repercusiones sean de gran consideración. Por espantoso que esto pueda parecer, el atentado terrorista -como el día de la infamia original que puso fin a la Gran Depresión- podría incluso ser positivo para la economía. Pero ya hay siniestros indicios de que algunos van a considerar esta tragedia no como una ocasión para la verdadera unidad nacional, sino como una oportunidad para obtener un beneficio político.

Sobre el impacto económico directo: la base productiva del país no se ha visto seriamente dañada. Nuestra economía es tan inmensa que las escenas de destrucción, a pesar de lo abrumadoras que resultan, son sólo un pinchazo. El World Trade Center contenía 1,08 millones metros cuadrados de espacio dedicado a oficinas, frente a los 27 millones de metros cuadrados que hay tan sólo en Manhattan, y los 375 millones de metros cuadrados en todo Estados Unidos. Nadie ha cifrado todavía los daños económicos, pero me sorprendería que las pérdidas fuesen superiores al 0,1% de la riqueza de Estados Unidos, algo comparable a los efectos materiales de un gran terremoto o huracán.

El comodín aquí es la confianza. Pero la confianza que importa en este caso tiene poco que ver con la paz mental general. Si la gente se apresura a comprar agua embotellada y alimentos enlatados, eso en realidad impulsará la economía. Durante unas semanas es posible que los horrorizados estadounidenses no estén de humor para comprar nada más que lo necesario para las necesidades básicas. Pero, una vez pasada la conmoción, es difícil creer que el gasto de consumo se vea muy afectado.

¿Huirán los inversores de las acciones y de las obligaciones empresariales en busca de activos más seguros? Dicha reacción no tendría mucho sentido; después de todo, los terroristas no van a volar el S&P 500. Es cierto que a veces los mercados reaccionan de manera irracional, y algunas bolsas extranjeras se desplomaron después del atentado. Desde entonces, sin embargo, se han estabilizado. En general, está bien que nuestros mercados hayan permanecido cerrados unos días, dando tiempo a los inversores para tranquilizarse; el Gobierno se equivocó al presionar para que abriesen inmediatamente. Cuando realmente vuelvan a cotizar, probablemente hayamos dejado atrás lo peor del pánico. Por lo tanto, es probable que el impacto económico directo de los ataques no sea

demasiado malo. Y posiblemente habrá dos efectos favorables.

En primer lugar, lo que ha motivado la ralentización económica ha sido una caída en la inversión empresarial. Ahora, de repente, necesitamos nuevos edificios para oficinas. Como ya he señalado, la destrucción no es grande en comparación con la economía, pero la reconstrucción generará al menos cierto aumento del gasto empresarial.

En segundo lugar, el atentado abre las puertas a algunas medidas sensatas para luchar contra la recesión. En las últimas semanas ha tenido lugar un acalorado debate entre los liberales respecto a si defender o no la clásica respuesta keynesiana a la recesión económica, un aumento temporal del gasto público. Había argumentos económicos convincentes a favor de dicha medida, pero existía la duda de que el Congreso se pusiese de acuerdo respecto a cómo gastar el dinero a tiempo para ser útil; y había también la certeza de que los conservadores se negarían a aceptar dicha medida a no ser que estuviese unida a otra ronda de irresponsables reducciones fiscales a largo plazo. Ahora parece que realmente conseguiremos un rápido aumento del gasto público, independientemente de lo trágicas que sean las razones.

Ahora las malas noticias. Después de los atentados me pregunté si algunos políticos intentarían explotar el horror para defender sus habituales programas partidistas. Luego me reñí a mí mismo por una idea tan poco caritativa. Pero parece que no se puede ser lo bastante cínico: cómo no, ya hay quien anima a vender deducciones fiscales para las empresas y una reducción del impuesto sobre plusvalías para responder al terrorismo.

Uno espera que la Casa Blanca se distancie de este desgraciado oportunismo, que muestre el bipartidismo que prometió originalmente. Pero los primeros indicios no son buenos: el Gobierno organizó su solicitud de financiación de emergencia en consulta con los republicanos del Congreso. Punto. Un contacto demócrata afirma que su partido no ha recibido 'ninguna consulta, ninguna colaboración, prácticamente ninguna información'.

No quería mencionarlo, pero ahora es el momento de trazar la línea. El explotar esta tragedia para obtener beneficios políticos sólo servirá para magnificarla. Los políticos que se envuelven en la bandera mientras persiguen incansablemente su propio programa político no son verdaderos patriotas, y la historia no les va a perdonar.

LA HEGEMONÍA DE EE.UU Y LA GUERRA ISLAMISTA

Alain Touraine

El ataque y la destrucción de los centros financieros y militares del poder estadounidense no son solo un estallido de violencia y la expresión de un odio que se ha manifestado en algunas ciudades árabes; son una declaración de guerra, lanzada por unas redes islamistas en un momento en el que el islamismo político está en retroceso. Los movimientos religiosos se habían ampliado primero como campaña nacionalista, después como movimiento político para el que la toma de poder era más importante que la afirmación religiosa, pero el éxito económico de Estados Unidos había debilitado esos movimientos, la «burguesía árabe» había pasado poco a poco al bando de la economía globalizada, dejando sin clase en la que apoyarse y sin dirigentes a las masas desarraigadas de las ciudades. Al renunciar a tomar el poder en la mayor parte de los países musulmanes, el movimiento islamita no tiene, pues, otra elección que entre su autodescomposición y la violencia. Y la violencia ha ganado tanto contra la primera tendencia como contra el poder estadounidense, pues unifica a los que se dividen. No se trata de una guerrilla, ni siquiera de terrorismo, sino de guerra. Nadie espera ver flotas aéreas o marítimas enfrentarse masivamente; nadie puede localizar y describir con detalle la organización militar, los recursos económicos, el sistema de información que permiten al bando antiamericano llevar a cabo esta guerra. Pero existe una situación de guerra desde el momento en que las luchas por la toma de poder en el mundo árabe se ven sustituidas por la decisión de atacar directamente al adversario. ¿Es posible que se reproduzcan los ataques que acaban de sufrir Nueva York y Washington? Nada permite descartar esta hipótesis. Todos los Estados Unidos están amenazados y sienten los golpes con tanta mayor dureza por cuanto descubren la incapacidad de sus servicios de seguridad cuyos mejores elementos deben haber estado destacados desde hace mucho tiempo en Hollywood.

Amplieemos ahora nuestro campo de visión: ¿puede alguien hoy negarse a ver la extrema hegemonía ejercida por Estados Unidos sobre el conjunto del mundo? Desde los enemigos invadidos hasta unos aliados que marchan al paso que les marcan, el mundo entero está consciente de vivir bajo una hegemonía cuyos aspectos positivos no deben ser, ante todo, olvidados: concentración de los medios de creación cultural, universidades que atraen a la élite del mundo entero, éxito del movimiento por el reconocimiento de los

ataques aéreos en las que hay que pensar. Pero todos tenemos la responsabilidad de evitar un enfrentamiento cada vez más catastrófico entre un poder absoluto y unos desarraigados sin esperanza.

para no asustar demasiado a las satrapías del Golfo Pérsico, tipo Arabia Saudita, con cuya ayuda logística cuenta Estados Unidos y a cuyos regímenes despóticos la idea de democracia produce pavor. Pero, lo cierto es que si la acción de represalias por el 11 de septiembre va a confinarse en la persecución del terrorista saudita y sus cómplices, aun si lo capturan o matan se habrá ganado tan poco en la lucha contra el terror, como cuando, durante la guerra del Golfo, se liberó Kuwait pero se preservó intacto el régimen autoritario de Sadam Hussein, que, además de esclavizar al pueblo iraquí, sigue auspiciando la violencia política contra los países occidentales y es un nido de terroristas. Si no se propone como meta la internacionalización de los derechos humanos, la legalidad y la libertad, la campaña contra el terror que está en marcha será mero espectáculo, desprovisto de contenido.

Hasta el momento, los mayores beneficiarios políticos de la tragedia ocurrida en Estados Unidos son Vladímir Putin y Ariel Sharon. Actuando con una habilidad y presteza indiscutibles, el primer ministro ruso, solidarizándose de manera instantánea con Washington y poniendo a su servicio la vasta experiencia adquirida por Rusia durante la guerra de Afganistán, ha conseguido para su persona y su gobierno una presencia de primer plano en la esfera internacional y una audiencia y simpatía que hasta ahora no tenían, y que él ha aprovechado, con olfato de gran sabueso, para promover su tesis de que hay una alianza visceral del fundamentalismo islámico y los grupos terroristas tipo Al Qaeda, de Osama Bin Laden, con los independentistas chechenos. Cierta o falsa -la verdad, sin duda, está a medio camino entre esos extremos- esta tesis tiene ahora una aceptación mucho más amplia que en el pasado y es muy posible que, en el futuro inmediato, el Occidente deje de presionar a Rusia por las violaciones a los derechos humanos en Chechenia, y, acaso, hasta colabore con el gobierno ruso, este flamante aliado, en su enfrentamiento con los independentistas chechenos para cuya causa la voladura de las Torres Gemelas y el Pentágono habrá sido fatal.

Y, lo mismo, para los palestinos, a los que el gobierno israelí de Ariel Sharon se empeña ahora, también en razón de las nuevas circunstancias, en presentar ante los gobiernos de los países democráticos bajo el rótulo genérico de fundamentalistas y terroristas (su ministro de Defensa ha llamado a Arafat 'el Osama Bin Laden palestino'), caricatura que hasta hace algunas semanas sólo hubiera provocado un rechazo unánime, y, ahora, en cambio, consideraciones muy matizadas, y, en algunos sectores, hasta aceptación.

Es verdad que, presionado por Washington, Sharon ha tolerado, luego de prohibirlo, que el Presidente de la Autoridad Palestina y su ministro de Relaciones Exteriores, Simon Peres, se reunieran y emitieran una vaga declaración que parece dejar la puerta abierta para nuevas negociaciones. Pero, inútil engañarse. Si antes del 11 de septiembre Sharon era un adversario declarado de los acuerdos de Oslo, en la actualidad lo es mucho más. Pues se siente más seguro de sus posiciones extremistas, convencido de que la sangre de los siete mil asesinados en Estados Unidos por el terrorismo islamista puede manchar también a la causa palestina y reforzar a quienes en Israel, como él y sus seguidores, se niegan a hacer la menor concesión en aras de una paz sólida con los palestinos y creen que la drástica acción policial y militar -incluido el terror de Estado, es decir, los asesinatos selectivos- servirá para aniquilar la Intifada y las aspiraciones de la población sometida. Yo, y muchos antiguos amigos y defensores de Israel, creemos que ésta es una convicción monstruosa, y asimismo una ilusión, pues, además de amparar terribles injusticias y crímenes, sólo servirá para deslucir todavía más la imagen internacional de Israel y privarlo de la legitimidad moral sobre sus adversarios que le daba el ser un Estado democrático en una región donde campea el despotismo. Pero, en lo inmediato, es posible que, debido a la proverbial razón de Estado, Sharon se salga con la suya, y los países occidentales, empezando por Estados Unidos, sean más tolerantes, y hasta cómplices, con la política de intolerancia y excesos de este 'aliado' de toda confianza en la lucha contra el terrorismo de sesgo fundamentalista. La explosión de Wall Street y su orgía de cadáveres ha acabado de enterrar definitivamente los acuerdos de Oslo y de retrasar la paz en Oriente Medio hasta las calendas griegas.

Pero, tal vez, el daño mayor que, como una infección de efecto retardado, resultará de los atroces atentados del 11 de septiembre, será el retroceso de la cultura de la libertad en los propios países democráticos. Escribo este artículo en Londres, donde, en contraste con lo que suele ser la tradicional sangre fría de los nativos, la opinión pública vive hoy un clima de tensión y de alarma sobre la seguridad que no es exagerado llamar paranoico. En diarios, radios y programas de televisión el tema obsesivo es el de los próximos atentados terroristas: si habrá una escalada y si, la próxima proeza de Bin Laden o cualquiera de sus pares, será detonar un artefacto atómico que pulverice la City, o envenenar las aguas, el aire, el alimento con ponzoña biológica, posibilidades que se explican y aquilatan por medio de expertos, que, impertérritos, explican los mecanismos de la potencial acción homicida colectiva y adelantan escalofriantes estadísticas sobre el número de presuntas víctimas. ¿Podrán sobrevivir, en un

clima de esta índole, todas las libertades individuales de las que Gran Bretaña se enorgullece con tanta justicia? Por lo pronto, una encuesta de un diario local ya dio como resultado que una mayoría de encuestados se declare a favor de que se imponga el carnet de identidad, con obligación de llevarlo consigo día y noche, para todos los ciudadanos, a fin de facilitar las operaciones de vigilancia y control de sospechosos. Que se adopte esta medida, ya corriente en muchos países democráticos, parece una insignificancia. Pero no lo es.

Pues, con el mismo argumento con que se exige que los ciudadanos lleven consigo una identificación, se puede justificar el 'pinchazo' telefónico, los registros domiciliarios, las detenciones preventivas, políticas anti-inmigración, y recortes a la libertad de prensa. La verdad es que, frente a la amenaza del aniquilamiento masivo, que a partir del 11 de septiembre penderá como una espada de Damocles sobre el ánimo de los ciudadanos de las sociedades más prósperas y poderosas del planeta, el apego a los grandes valores de la legalidad y la libertad individual se debilita, pasa a segundo plano, desplazada por el obsesionante y perfectamente legítimo anhelo de seguridad. ¿Quién puede negar que una sociedad abierta es más vulnerable a la acción terrorista de los grupúsculos fanáticos que un estado policial, donde todos los movimientos y acciones de los ciudadanos están controlados por un poder omnímodo? Desde luego, ni Estados Unidos ni los países de la Unión Europea se van a volver sociedades totalitarias en razón de la muy comprensible inseguridad y miedo que ha cundido en ellas luego de los horrores del 11 de septiembre. Pero no cabe la menor duda de que, en todas ellas, la búsqueda de la seguridad, que ha pasado a ser la primera prioridad para gobiernos y ciudadanos, va a traer consigo una merma sensible de los derechos y prerrogativas que había conquistado para el ciudadano común la cultura democrática. Los criminales fanáticos que empotraron los aviones en las Torres Gemelas y el Pentágono no se equivocaron: el mundo es ahora, gracias a ellos, menos seguro y menos libre.

LA LUCHA FINAL

Mario Vargas Llosa

Lo sabíamos hace tiempo -las malas películas catastrofistas de Hollywood lo habían anticipado con gran precisión de detalles- pero ahora, en las ruinas humeantes de las Torres Gemelas de Manhattan y del Pentágono de Washington, y los miles de cadáveres sepultados bajo los escombros causados por el peor atentado terrorista en la historia de la humanidad, tenemos la evidencia: el siglo XXI será el de la confrontación entre el terrorismo de los movimientos fanáticos (nacionalistas o religiosos) y las sociedades libres, así como el siglo veinte fue el de la guerra a muerte entre estas últimas y los totalitarismos fascista y comunista. La hecatombe ocurrida en Estados Unidos en la mañana del 11 de septiembre demuestra que, aunque pequeñas y dispersas, aquellas organizaciones extremistas partidarias de la acción directa y la violencia indiscriminada disponen de un extraordinario poder destructivo y pueden, antes de ser derrotadas, causar estragos vertiginosos a la civilización, acaso peores que los de las dos guerras mundiales.

Una operación tan perfectamente ejecutada, que implica el secuestro simultáneo de cuatro aviones de líneas comerciales para convertirlos en proyectiles y empotrar a tres de ellos en edificios del más alto simbolismo -el vértice del capitalismo y la espina dorsal del sistema defensivo estadounidense-, en el corazón del país más poderoso de la tierra, no sólo requiere voluntarios poseídos de un celo fanático y esa voluntad de inmolación que las iglesias celebran en sus mártires; también, una cuidadosa planificación intelectual, sistemas de información muy eficientes, un vasto entramado internacional y recursos económicos considerables. Los terroristas disponen de todo ello y, además, de Estados que les sirven de refugio, los subsidian y utilizan. Al igual que los grandes carteles de la droga, con los que muchas de ellas tienen estrechas relaciones, las organizaciones terroristas han sido de las primeras en sacar buen provecho de la globalización, extendiendo 'el dominio de la lucha' a escala planetaria. Ya nadie puede poner en duda que, así como ha sido posible volar las Torres Gemelas de Wall Street y el Pentágono, el día de mañana, o pasado, un comando suicida puede hacer estallar en la Quinta Avenida -o en Picadilly Circus, Postdamer Platz o los Campos Elíseos- un artefacto atómico de pequeño calado que cause un millón de muertos.

Esta precariedad de las poblaciones de las sociedades democráticas frente a la alta tecnología y operatividad alcanzadas por el terror es una realidad de nuestro tiempo que, por

una muy explicable reacción psicológica defensiva, Occidente se ha negado hasta ahora a considerar, aunque algunas mentes lúcidas, como Jean François Revel, hayan venido alertándolo al respecto, y urgiéndolo a actuar desde hace buen número de años. ¿Es ello posible? ¿Hubiera podido ser evitada la tragedia del 11 de septiembre con mejores sistemas de control en los aeropuertos de Estados Unidos? La verdad es que, probablemente, no. Los secuestradores, según los primeros indicios, no disponían de armas de fuego, ni siquiera de navajas de metal que hubieran podido ser detectadas por las pantallas de la seguridad. Se valieron de cuchillitos de plástico y maquinillas de afeitar de inocente apariencia y de cubiertos y objetos contundentes que encontraron en los propios aviones. Todo lo habían previsto. Y, por supuesto, habían entrenado de manera impecable a sus pilotos kamikaze para reemplazar a la tripulación en los mandos, cortar las comunicaciones con las torres, y estrellar los aparatos, con rigor matemático, donde podían causar más daño. Es muy difícil, acaso imposible, que una sociedad abierta, no dispuesta a sacrificar la libertad y la legalidad de sus ciudadanos y a convertirse en un Estado policial en aras de la seguridad, esté en condiciones de vacunarse contra *todo* tipo de acciones terroristas.

Pero ello no significa que deba cruzarse de brazos, en espera del próximo Apocalipsis de formato reducido que decida desatar en sus ciudades el multimillonario saudí Osama bin Laden, o cualquiera de sus congéneres partidarios de la guerra santa e indiscriminada contra su Satán preferido. Por el contrario, las organizaciones terroristas son bastante conocidas y perfectamente vulnerables, así como los gobiernos que las protegen y administran. Hay una guerra declarada, no a Estados Unidos, sino al conjunto de sociedades democráticas y libres del mundo, y no hacerle frente, con inteligencia y resolución, es correr el riesgo de un desplome de la civilización en nuevas orgías de salvajismo como la que acaba de ensañarse contra el pueblo norteamericano.

Si los gobiernos de las sociedades democráticas coordinan sus acciones y su información, e internacionalizan la justicia, pueden asestar certeros golpes a las organizaciones terroristas, desbaratando su infraestructura bélica, sus fuentes de suministro, y llevando a sus dirigentes ante los tribunales. Lo ocurrido en la ex Yugoslavia es un indicio de lo que debería ser una práctica permanente, para limpiar a la comunidad humana de futuros Milosevic. Los Estados que fomentan el terror y se sirven de él tienen tanta responsabilidad en los crímenes colectivos como los comandos que los ejecutan y deberían ser objeto de represalias por parte de la comunidad democrática. La represalia más eficaz

es, por supuesto, la de reemplazar a esas dictaduras despóticas y sanguinarias -la de los talibán en Afganistán, la de un Sadam Hussein en Irak, la de Gaddafi en Libia y tres o cuatro más sorprendidas en flagrantes complicidades con acciones de terror-, por gobiernos representativos, que respeten las leyes y las libertades, y actúen de acuerdo a unos mínimos coeficientes de responsabilidad y civilidad en la vida internacional. En este aspecto, las sociedades occidentales han actuado tradicionalmente con unos escrúpulos desmedidos, tolerando a dictadorzuelos corruptos y feroces, exportar sus métodos criminales al extranjero, en nombre de una soberanía que éstos violan sin el menor empacho para agredir a otras naciones y luego esgrimen como patente de impunidad.

No es verdad que haya sociedades -se menciona siempre a las islámicas como ejemplo-, constitutivamente ineptas para la democracia. Ése es un prejuicio absurdo, alimentado por el racismo, la xenofobia y los complejos de superioridad. Las culturas que no han conocido la libertad todavía (la mayor parte de las existentes, no lo olvidemos), es porque no han podido aún emanciparse de la servidumbre a que tiene en ellas sometida a la mayoría de la población una élite autoritaria, represora, de militares y clérigos parásitos y rapaces, con la que, por desgracia muy a menudo, los gobiernos occidentales han hecho pactos indignos por razones estratégicas de corto alcance o por intereses económicos. En todas esas satrapías tercermundistas que son el mejor caldo de cultivo para el terrorismo existen partidos, movimientos y a veces cuerpos de combatientes que, en condiciones casi siempre muy difíciles, resisten el horror y representan una alternativa de cambio político para el país. Esas fuerzas de la resistencia democrática deberían recibir el respaldo militante de los países libres, en pertrechos militares, acciones diplomáticas y asesoría estratégica, dentro de una campaña concertada internacional para liquidar a esa hidra de mil cabezas en que se ha convertido hoy el terrorismo. Porque la única posibilidad de que, algún día, el mundo entero quede libre de esa amenaza que ahora pende sobre todas nuestras cabezas, es que hayan desaparecido en él todas las dictaduras y sido reemplazadas por gobiernos democráticos.

Imagino que esta última frase provocará algunas sonrisas, por su retintín utópico. ¿Un mundo sin dictaduras? ¡Qué fantasía! No es verdad. Si las mujeres afganas, que son la mayoría de la población de ese país, tuvieran ocasión de decidir su suerte, meto mis manos al fuego que no elegirían al gobierno que las expulsó de las escuelas, las profesiones y los empleos, les prohibió salir a la calle solas o visitar un médico, las convirtió en esclavas y las

obligó a andar por la vida sepultadas, como robots sin pensamiento ni voluntad propios, bajo los siete kilos de ignominia que pesa una *burka*. Si todos los países democráticos se empeñaran en ello y actuaran en consecuencia, las dictaduras se reducirían de manera dramática y, aunque siempre escenario de esporádicos estallidos de violencia terrorista, el mundo sería infinitamente más seguro de lo que es ahora.

Pero es difícil que esa concertación se produzca, por desgracia. Una razón es que los gobernantes, con raras excepciones, padecen de la enfermedad del presentismo, y se resisten a las políticas de mediano y largo plazo como sería la de democratizar los cinco continentes. Y, otra, es que buen número de gobiernos occidentales, empezando por el francés naturalmente, se opondrían a esa acción concertada para no parecer enfeudados a Washington. Vivimos una época en la que la satanización de los Estados Unidos no es sólo patrimonio de los extremismos de izquierda y de derecha -comunistas y fascistas siempre odiaron, más que nada en el mundo, el capitalismo liberal que ese país representa-, sino una disposición del ánimo vastamente extendida en sectores incluso democráticos. Es un odio que se nutre de numerosas fuentes, desde los complejos de inferioridad, de quienes envidian la riqueza y la potencia de aquel país, y de superioridad, de quienes detestan la chabacanería y la informalidad de sus costumbres y se creen (por pertenecer a países más antiguos y de historia ilustre) superiores a los gringos, pasando por la progresía intelectual, esos profesionales de la buena conciencia y la corrección política, que ganan indulgencias ideológicas para sus acomodos, lanzando diatribas sistemáticas contra Estados Unidos, fuente, de creerles, de todos los males que padece el planeta. Ahora mismo, a muchos de ellos, en los farisaicos artículos que escriben en estos días deplorando la tragedia que ha golpeado al gigante norteamericano -¡no faltaría más!-, les supura entre las letras, como sucia afloración del subconsciente, un escalofrío satisfecho. Qué chillería indignada escucharía el mundo si se pusiera en marcha, encabezada por Estados Unidos, una movilización de todos los países democráticos para entablar aquella lucha final (que mentaba la fenecida Internacional) contra las dictaduras existentes.

Los autores de Tratado de la Argumentación, La Nueva Retórica, recomiendan la manera en que un orador o un escritor deben dirigirse a un auditorio universal:

“Una argumentación dirigida a un auditorio universal debe convencer al lector del carácter apremiante de las razones aducidas, de su evidencia, de su validez intemporal y absoluta, independientemente de las contingencias locales o históricas”⁶⁴.

Por otra parte, en su Retórica Aristóteles habla de la necesidad de echar mano de los supuestos que son pertinentes a cada caso en particular, es decir, de los argumentos generalmente admitidos por el público al que se dirige el orador.

“Por lo tanto, como es manifiesto que todos los oradores hacen así sus demostraciones —ya sea que sus silogismos sean más exactos o más relajados, puesto que no argumentan partiendo de la totalidad de los supuestos, sino de los que son pertinentes a cada caso particular- y como también está claro que, sobre la base del discurso, es imposible hacer de otra manera la demostración, resulta entonces evidente que, lo mismo que en los *Tópicos*, es necesario, ante todo, disponer sobre cada materia particular de lugares escogidos acerca de las cosas que son posibles y más oportunas. Y en cuanto a los hechos que suceden de improviso, la investigación hay que desarrollarla de la misma manera, atendiendo no a argumentos indefinidos, sino a los que son pertinentes a aquello de que trata el discurso y ciñéndose a los más que se pueda y más próximos estén a la materia en cuestión; porque por un lado, cuantos más elementos pertinentes contenga, más fácil será hacer la demostración y, por otro lado, cuanto más próximos estén al caso, tanto más propios y menos comunes serán”⁶³.

Estos “elementos pertinentes” de los que habla Aristóteles son las verdades universalmente admitidas por un auditorio, gracias a las cuales se facilita la tarea de persuadir al público.

⁶⁴ Perelman, Chaim y Olbrechts-Tyteca, Lucie. Op. Cit. P 72

⁶³ Aristoteles. Op Cit P 421-422

Al recurrir a los lugares comunes, es importante ser cuidadosos de realmente estar utilizando verdades universalmente admitidas para así no encontrar reacciones contrarias a lo que se argumenta.

David Held y Mary Kaldor, en su artículo “Aprender de las lecciones del pasado”, ofrecen un claro ejemplo de los beneficios que tiene el recurrir a los lugares comunes:

“Los ataques contra las Torres Gemelas del World Trade Center y el Pentágono fueron un crimen global contra la humanidad. Las víctimas eran personas de todas las nacionalidades, etnias y credos religiosos. Los perpetradores eran una siniestra red transnacional de fanáticos, movidos por una poderosa mezcla de odio y creencias religiosas fuera de lugar. Como han señalado muchos expertos, no fue sólo un ataque contra las 6.000 personas o más que murieron; fue un ataque contra valores que amamos: la libertad, la democracia, el sistema de derecho y, por encima de todo, la humanidad”⁶⁵.

Desde el párrafo inicial, los autores de “Aprender de las lecciones del pasado” recurren a los lugares comunes que, según Ducrot y Anscombe constituyen los “topoi”, y se emplean para atraer la atención del lector y, sobre todo, para lograr su adhesión desde el primer momento. Al comenzar con una afirmación categórica respecto a que el ataque terrorista registrado en Estados Unidos fue un crimen contra la humanidad, el lector se siente aludido y afectado también por las acciones de los grupos extremistas. Enseguida, los autores del texto afirman que “las víctimas eran personas de todas las nacionalidades, etnias y credos religiosos”, es decir, cualquiera de nosotros pudo haber sido una víctima de los atentados terroristas. Una vez ubicado el lector del lado de “los buenos”, los autores descalifican a quienes cometieron

⁶⁵ Held, David y Mary Kaldor “Aprender de las lecciones del pasado”. El País el 8 de octubre del 2001

los atentados llamándolos fanáticos y asegurando que sus creencias religiosas están fuera de lugar.

Si David Held y Mary Kaldor hubiesen justificado en su texto el proceder de los terroristas afirmando que Estados Unidos engendró en ellos un odio tal que provocó la muerte de miles de personas fanáticamente capitalistas e insensibles al dolor de pueblos aislados, seguramente su texto encontraría el repudio por parte del lector. En cambio, al recurrir a lugares comunes, logran que el lector se identifique pronto con sus ideas y acepte los planteamientos ofrecidos.

Para finalizar el primer párrafo de este artículo, los autores aseguran que el ataque terrorista no sólo atentó contra la humanidad, sino también contra valores supremos como la democracia, la libertad, el sistema de derecho y, sobre todo, la vida.

4.2.3. Selección léxica y estilo

Hasta el momento se ha hablado de la etapa previa al momento de escribir el artículo y se establecieron unas recomendaciones sobre la planeación del texto. Lo siguiente a esta etapa preparatoria es la elaboración del texto; en esta fase de producción textual es de vital importancia hacer un uso correcto del lenguaje, pues de esto dependerá la claridad de la exposición y, por consiguiente, dependerá que se logren o no los objetivos del texto.

En Retórica Aristóteles habla de la importancia de conseguir cierta belleza en el texto por medio de una corrección lingüística. De esto dependerá en gran medida que el artículo pueda resultar atractivo para los lectores.

De los tres tipos de operaciones que, según Aristóteles, se generan en el discurso, la *elocutio* es precisamente la que se refiere a la etapa de la elaboración lingüística y al correcto uso del idioma.

En esta operación del discurso se debe llevar a cabo una elección del mejor tono que ha de emplearse en el artículo, así como de qué juegos del lenguaje están en función de la línea argumental empleada. De esta manera, en un artículo editorial analítico y explicativo, no es adecuado un tono emotivo en el lenguaje, como lo sería en la argumentación cotidiana que describe Gilbert, sino un estilo más pedagógico. Para lograr este tono se debe evitar el uso exagerado de adjetivos calificativos, ya que éstos pueden dejar entrever una intencionalidad por parte del autor del texto, es decir, opacan la objetividad que debe al menos aparentarse en los artículos analíticos y explicativos.

En un editorial combativo y en el crítico, en cambio, el escritor optará por un tono emotivo en el lenguaje, con abundantes juegos retóricos como la ironía, la metáfora, la hipérbole, etcétera.

Por otra parte, además de tomar muy en cuenta los argumentos que se utilizarán para sostener una tesis y el tono en que ésta ha de presentarse, el articulista editorial debe prestar especial cuidado en utilizar las palabras adecuadas para cada una de las oraciones.

Aristóteles afirma que el lenguaje debe estar en función de la claridad del texto:

“Demos, pues, por establecidas teóricamente estas cuestiones propias de la Poética y propongamos por definición que una virtud de la expresión es la *claridad* pues un signo de esto es que si un discurso no hace patente algo, no cumplirá su función. Ni debe ser vulgar ni más pretenciosa de lo debido, sino la adecuada, la poética en efecto, no es vulgar, pero tampoco es adecuada para el discurso”⁶⁶

⁶⁶ Aristoteles. Op. Cit. P 485-486

Es interesante notar la importancia que otorga Aristóteles al uso adecuado del lenguaje. Por un lado, éste no debe ser demasiado coloquial o corriente, pues denotaría una falta de conocimientos por parte de quien escribe. Por el otro, el lenguaje tampoco debe ser muy pretencioso, pues se crearía así una barrera entre el texto y el lector y se perdería la claridad, es decir, el editorial quedaría condenado a no ser leído o a no comunicar de manera efectiva los distintos argumentos que contiene.

Al respecto, según afirman algunos escritores, existe un continuo cruce entre las fronteras del periodismo y la literatura. La mayoría de estos cruces de los que hablo suceden por la simple y sencilla razón de que ambos mundos emplean a la palabra como uno de sus elementos constitutivos.

José Luis Martínez Albertos nos relata en su libro *Curso General de Redacción Periodística* lo siguiente:

"El lenguaje periodístico nació inicialmente como una continuación o subproducto del lenguaje literario. Sus mensajes eran, por esta razón, *mensajes estéticos*. Es decir, el transmisor codificaba unos mensajes que aportaban cierto grado de información, la cual a su vez era bastante independiente del soporte utilizado⁶⁷.

Es pertinente considerar cómo en un principio el lenguaje literario era el lenguaje del periodismo y, posteriormente, éste último fue capaz de desarrollar su propio lenguaje al servicio de la información y, sobre todo, de la comunicación objetiva de la verdad.

Octavio Aguilera, en su libro *La Literatura en el Periodismo*, explica las diferencias entre el lenguaje literario y el periodístico:

⁶⁷ Martínez Albertos, José Luis Curso general de redacción periodística. Editorial Paraninfo Madrid Pág. 401

“El lenguaje periodístico es, pues, distinto al lenguaje literario, que busca deliberadamente la belleza, en ocasiones incluso el regusto de la palabra por la palabra misma. Todos los géneros literarios son teleoremas estético-poéticos, según la terminología de Gloria Toranzo. Claro está, el lenguaje periodístico es también distinto al ordinario y debe ser descrito, si seguimos a la citada autora, como teleorema estético-noético junto con la historia, la oratoria y el ensayo”⁶⁸.

Si bien es cierto que el lenguaje periodístico no debe ser poético, no puede negársele la oportunidad al periodista de ordenar palabras para lograr en ocasiones un resultado de belleza, aunque está claro que el periodista no está escribiendo una poesía. Gonzalo Martín Vivaldi dice:

“Ni el periodismo es sólo mera objetividad, ni la literatura es puro subjetivismo... Ser escritor, hoy, no es encerrarse en la torre de marfil de la propia creación, indiferente al eco popular; ser periodista, en nuestros días, no significa contentarse con la simple comunicación de hechos o sucesos más o menos noticiosos, sin mayores preocupaciones estilísticas”⁶⁹.

Es cierto que en el periodismo de opinión, por razones de espacio, se debe utilizar la palabra exacta en el sitio preciso y en el momento oportuno, es decir, un periodista no puede darse el lujo de divagar al escribir y al describir, tal como hacen muchos escritores de novelas. Sin embargo, esa precisión no es un sinónimo de restarle brillo al texto, es decir, de redactar de una forma opaca sin despertar los sentidos y las emociones del lector

El periodista que domina el idioma puede permitirse el lujo de jugar con las palabras de tal manera que logre comunicar de mejor manera su mensaje. Sin embargo, el periodista no debe seducirse por la idea de incluir en un texto todas las palabras que conoce, pues debe buscar siempre la claridad y la sencillez.

⁶⁸ Aguilera, Octavio. La literatura en el periodismo. Editorial Paraninfo. España. 1992. Pág. 24

⁶⁹ Martín Vivaldi, Gonzalo. *Op. Cit.* Pág. 249

En realidad no hay por qué complicar una frase o un texto entero con palabras rebuscadas. Lo importante es utilizar el menor número de vocablos y, sobre todo, dar ritmo y musicalidad al texto.

Puede parecer que introducir algo de musicalidad en un texto periodístico es un sacrilegio, pues ésta es una de las partes fundamentales de la poesía. Sin embargo, todo texto debe ser como una sinfonía de Mozart que es percibida por un oído sin esforzarse. Un texto que se lee fácil, suele ser aquel que tiene cierta musicalidad.

La sugerencia sostenida en la presente tesis es que las palabras son como los instrumentos musicales. Algunas suenan muy fuerte (sssttttrrrr), otras son muy suaves y delicadas (aaaeiii). Así como sucede en un texto literario, en un artículo de opinión también deben tejerse las palabras de acuerdo al efecto que se quiere lograr. Al hablar de musicalidad, los vocablos se deben unir a lo largo del texto como las notas en una escala musical. Un poeta hace esto con facilidad, pero a un periodista le puede costar un poco más de trabajo. A pesar de todo, un esfuerzo vale la pena para poder dar así más personalidad al texto.

Es menester aclarar que, al hablar de musicalidad en un texto periodístico, no se está recomendando incluir palabras por el simple hecho de incluirlas, y, además, se tiene la certeza de que esa musicalidad no afecta en lo más mínimo al apego que un periodista debe tener a la verdad.

En el libro tercero de su Retórica (1999: 504), Aristóteles menciona cinco condiciones para lograr una expresión correcta. La primera de estas condiciones es la de utilizar las conjunciones de la manera en que les corresponde, es decir, emplear bien las conjunciones. La segunda condición

establecida por Aristóteles es la de expresarse con los términos particulares y no con otros que los contienen, es decir, recurrir a las palabras indicadas para cada caso.

El tercer requisito para lograr una expresión correcta es el de no usar palabras ambiguas, “a no ser que se pretenda precisamente lo contrario, que es lo que se hace cuando no se tiene nada que decir y se finge que se dice algo”. Aristóteles advierte que un texto en donde abundan las palabras ambiguas, difícilmente puede atraer la atención del lector.

El cuarto requisito consiste en distinguir los géneros de los nombres: masculino, femenino y neutro. Un error en el manejo de los géneros es más común de lo que se cree en los textos de opinión. Para evitar que el lector dude de la capacidad y conocimientos del escritor, éste debe ser muy cuidadoso con este aspecto.

Por último, Aristóteles establece como requisito el nombrar correctamente “lo múltiple, lo poco y lo uno”. Con esto el filósofo quiere decir que debe haber una correlación entre el plural y el singular. Por ejemplo, es incorrecto decir: “Vinieron y jugó conmigo”. En este caso, vinieron y jugó no son correlativos y, por lo tanto, la expresión es errónea. Lo correcto sería decir: “Vinieron y jugaron conmigo”.

4.2.3.1 Marcas de modalización

Atendiendo a Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, cuando afirman en su Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje que existen palabras que modifican el sentido de lo que queremos decir (1998, p. 352), hemos de

considerar que estas palabras adquieren una función modalizadora, es decir, que la frase adquiere por ellas un nuevo significado. Así, en el editorial combativo, por ejemplo, en el cual el escritor mantiene una posición ideológica muy definida y generalmente contraria a la sostenida por el poder instituido, resulta adecuado el uso de palabras que cumplan con una modalización categórica.

Como se estudió en el tercer capítulo de la presente tesis, una modalidad categórica es aquella en la que el sujeto presenta las cosas como un hecho a su interlocutor (Ducrot y Todorov 1972, p.355).

Quienes escriben textos combativos, no dejan ningún lugar a dudas con sus juicios, es decir, son muy directos en sus aseveraciones. Por este motivo, el uso de palabras que cumplen con una modalidad categórica resulta adecuado.

Si en un editorial combativo aparecen expresiones como “podría”, “sería bueno que...”, la posición de quien escribe el texto se debilitaría y, por lo tanto, la fuerza de sus argumentos se vería mermada. Por esta razón debe utilizar palabras que sostengan con firmeza la tesis.

En el editorial combativo es pertinente también el uso de una modalidad de imposibilidad. Según afirman Ducrot y Todorov en el libro Decir y no decir, en este tipo de modalidad se lleva a cabo una negación de toda posibilidad (1972, p.355). Quien escribe un texto y utiliza expresiones como “no es verdad”, “es imposible”, etcétera, no deja lugar a dudas, una de las características propias del editorial combativo.

Las palabras que cumplen con una modalidad imperativa resultan adecuadas también para los textos de opinión de tipo combativo. Quien escribe

este tipo de artículos, no sólo busca defender sus puntos de vista, sino que además busca motivar a la acción. Para tal efecto, es común que se recurra a palabras que denotan una orden de su parte: “Debemos actuar”, “Es importante que...”, o “Es necesario...”.

En el editorial apologético, en los cuales se lleva a cabo una defensa férrea de algo o alguien, es recomendable utilizar palabras que cumplan una modalidad categórica para que el texto resulte coherente al lector. Para que el escritor resulte contundente en la defensa que hace por medio de su texto apologético, es importante que renuncie a palabras que transmitan cierta ambigüedad en cuanto a su posición. Por el contrario, debe usar términos que no dejen lugar a discusión, es decir, expresiones que cumplan con una modalidad categórica o también con una modalidad imperativa.

En los editoriales explicativos, por medio de los cuales se buscan establecer causas de los acontecimientos y relacionar los hechos en busca de una comprensión clara y dialéctica, es adecuado el uso de palabras que cumplan con una modalidad categórica. Esto se explica si tomamos en cuenta que aquellos que escriben este tipo de artículos buscan convencer de la validez de sus explicaciones y para eso recurren a juicios contundentes.

Por otro lado, en los textos de opinión analíticos se recomienda la utilización de palabras o expresiones que cumplan con una modalización hipotética. Como se estudió anteriormente, el editorial analítico es aquel en el cual el escritor se limita a enunciar hechos relacionados desde un punto de vista particular, sin añadir conceptos que revelen una posición abiertamente definida.

Aunque en el artículo analítico la opinión del escritor no es tan evidente, suele hacerse un análisis de las consecuencias favorables o desfavorables de un determinado acontecimiento. Por esta razón es adecuado el uso de palabras que presenten lo afirmado como una mera posibilidad. Algunas de estas expresiones que cumplen con una modalización hipotética son: “posiblemente”, “quizá”, “tal vez”, “es probable”, etcétera.

Estas palabras hipotéticas resultan también útiles a la hora de escribir un editorial predictivo, el cual se caracteriza por un esbozo de las probabilidades de que algo suceda de tal o cual manera con fundamentos estudiados. Quienes escriben este tipo de texto suelen adoptar un tono distante que busca aproximarse más a un texto académico que a un escrito netamente de opinión. Por esta razón, es importante usar palabras que no encierren un compromiso evidente por parte del escritor, sino todo lo contrario, es decir, recurrir a términos que no conlleven un compromiso por parte de quien escribe. Estos términos son aquellos que cumplen con una modalidad hipotética.

En cuanto al editorial crítico, en el cual se hace un análisis de las causas de tal o cual suceso y se ofrecen las posibles consecuencias de actuar de una determinada manera, es adecuado el uso de palabras que cumplan con una modalización apodíctica. Este tipo de modalidades son las que expresan algo como una necesidad, como algo que se debe hacer o que necesariamente sea de una u otra manera.

Otro editorial en el cual se utiliza la modalidad apodíctica es el admonitorio. Los textos de opinión de este tipo se caracterizan por hacer un exhorto al cumplimiento de reglas, llama a la concordia, al orden, a la paz. Este

tipo de editoriales, al igual que los críticos, advierte de los posibles peligros ante cualquier desviación, lo cual, supone una visión netamente ideológica.

En los editoriales admonitorios también es posible utilizar palabras que cumplan con una modalización optativa. Según Perelman y Olbrechts-Tyteca la modalidad optativa expresa el deseo de que algo se lleve a cabo de una cierta forma, es decir, se expresa una voluntad.

4.2.3.2 Creación de un estilo propio

Además del uso correcto del idioma, el escritor de textos de opinión debe cuidar el estilo, pues de este aspecto dependerá también ser leído o no.

Hay géneros del periodismo en los cuales es imposible percibir el estilo de un periodista, pues así lo exige la realización de los mismos. En una nota informativa, por ejemplo, es difícil descubrir quién fue el reportero que la redactó, pues las reglas establecen que dicho periodista debe ser objetivo y, por tanto, debe mantenerse alejado de los hechos de forma que no se sienta atraído por la tentación de incluir su forma de pensar por medio de enjuiciamientos.

Sin embargo, en el artículo de opinión ocurre todo lo contrario, pues el lector fácilmente puede detectar la forma en la que escribe un determinado periodista, es decir, su estilo. Cada periodista ha de distinguirse de otros, además de la forma de escribir, por el modo de ver las cosas o por el enfoque que le da a una determinada noticia.

Así como no hay un escritor igual a otro, tampoco hay un periodista igual a otro. Hay matices aún cuando manejen estilos semejantes. El estilo personal, es como el olor mismo exudado en cada palabra, en cada línea, en cada párrafo. El periodista, al igual que el escritor, debe ir puliendo su propio estilo natural hasta que haya conseguido una mejora. Este estilo debe estar siempre en función de transmitirle al lector en forma más clara y precisa lo que se quiere decir.

La libertad de estilo es inherente a la técnica literaria y cada escritor debe manejar esa libertad de acuerdo a sus capacidades y a su talento. Como decía antes, en el periodismo hay géneros que no permiten al periodista hacer gala de su estilo, como por ejemplo el de la noticia. En el editorial ocurre todo lo contrario, sin embargo, para que un periodista ejerza su libertad de estilo, debe contar primero con las alas para iniciar el vuelo o de lo contrario jamás podría gozar de esa libertad. Estas alas sólo las da el conocimiento profundo del lenguaje y la experiencia.

Según Gonzalo Martín Vivaldi, “un estilo claro, denso, conciso, preciso, sencillo, original, exacto y correcto, será siempre un estilo con fuerza, en el sentido, no de que nos impulse a la acción, sino de que nos arrebate en su lectura, de que lo escrito se grave en nuestra mente” (1998, p.29).

El periodista mexicano Alejandro Íñigo dice lo siguiente con respecto a la libertad de estilo:

“El escritor transforma los hechos de acuerdo a su imaginación y va más allá del reportaje para entrar al mundo de la literatura. En ese mundo, el lector difícilmente puede distinguir entre la realidad y la ficción. Ocurre lo mismo en el reportaje moderno en cuanto a la libertad de estilo, pero no deja de ser un reportaje. Por tanto deberá ajustarse a un principio de realismo dentro del manejo de los hechos”⁷⁰.

⁷⁰ Íñigo, Alejandro. Nuevas formas de periodismo. Editorial del Valle de México. Mexico, 1989. Pag 86

De esta manera, a la hora de comenzar a escribir un artículo de opinión, debe cuidarse no sólo el lenguaje y la originalidad, sino también el estilo.

4.2.4. El final

Newton nos explicó en su Ley de la Gravedad que todo lo que sube por consiguiente tiene que bajar. Lo mismo ocurre en un relato: así como tiene un principio, debe por fuerza tener un final.

En un texto literario el final se caracteriza por presentar ese cúmulo de respuestas a las preguntas que fueron planteadas a lo largo del relato. Al final generalmente disminuye la velocidad del relato y se suele dejar en el lector una especie de satisfacción por haber llegado hasta esta parte del relato.

El final es tan importante como el comienzo. Anteriormente hablamos del cuidado que debe tener el periodista al escribir el principio de sus artículos. Ese mismo cuidado lo debe tener al escribir el final. ¿Cuántas veces leemos un libro y nos queda la impresión que el final no nos ha gustado? ¿Cuántas veces nos decepcionamos con el desenlace de una película?

En el periodismo el final no es menos importante. En él, el periodista está obligado a plasmar su ingenio tal y como se hizo en el resto del relato.

Por desgracia, por años se ha enseñado que el periodista debe dejar para el final los datos menos importantes. Esto se debe, posiblemente, a la intención de facilitar el trabajo del "hombre con manos de tijera", es decir, del editor. Cuando se incluyen al final los datos menos relevantes, el editor o

corrector de estilo identificará fácilmente aquellas partes del texto que son prescindibles y que, por consiguiente, no afectan a la comprensión total del texto.

Lo anterior sucede regularmente en la noticia y, por fortuna, el artículo de opinión se ve librado de la obligación de no prestar la atención debida al final. Gonzalo Martín Vivaldi dice al respecto:

"Un gran reportaje, una crónica y un artículo son trabajos periodístico-literarios en los que, como en toda narración bien concebida y realizada, ha de haber una exposición-entrada, un nudo o cuerpo del relato y un desenlace o final: un punto de partida, un camino, y una meta"⁷¹.

En el periodismo y especialmente en el artículo de opinión, hablar de final es hablar más bien de finalidad. En las últimas líneas de un texto podemos percibir cuál fue la finalidad de un periodista al presentar su trabajo.

Así como variadas son las huellas digitales, variados son los finales que un periodista puede dar a su reportaje. Todo depende de la creatividad. Puede ser una frase final, un último dato, una reflexión interpretativa del periodista, una declaración de un personaje, un comentario humorístico, una invitación a la acción, etcétera.

Así como en el principio debe empezarse con el pie derecho, en el final debe cerrarse con un broche de oro. Es decir, que de principio a fin el texto debe estar tan perfecto como sea posible. El buen editorial lo es de principio a fin. Por esta razón debe cuidarse con detenimiento, pues un mal final puede

⁷¹ Vivaldi, Gonzalo Martín. Op Cit. Pág 41

Conclusión

Después de analizar el discurso de artículos de opinión en la prensa española llegamos a la conclusión de que para el autor de textos de editoriales es de gran utilidad conocer las teorías de la argumentación, sus estrategias y procedimientos de mayor poder persuasivo.

El análisis de los artículos desde la perspectiva de las teorías de la argumentación nos permitió reflexionar sobre la forma en que se hicieron estos textos y, principalmente, sobre la intención que cada uno de los autores tuvo a la hora de escribir.

El objetivo de la presente tesis es:

Analizar diversos artículos de opinión con base a teorías de la argumentación con el fin de proponer a los articulistas algunos procedimientos retórico-argumentativos con los cuales puedan lograr un mayor efecto en sus propósitos persuasivos.

Este objetivo inicial fue alcanzado, pues gracias a una revisión teórica, se pudo no sólo emprender un análisis de textos de opinión, sino que también se planteó una serie de recomendaciones para ayudar a los editorialistas a alcanzar sus fines persuasivos.

Antes de realizar este trabajo se realizó un pequeño sondeo para evaluar la utilidad de la presente tesis. En una de las respuestas de ese sondeo los entrevistados coincidieron al señalar que desconocían las herramientas

argumentativas mediante las cuales es posible lograr un mayor efecto con el ejercicio de la comunicación.

Al inicio de la presente tesis se mencionaron algunas preguntas que quedaban sin contestar luego de analizar la teoría de algunos especialistas del periodismo. La respuesta a esos cuestionamientos se encontró en las teorías de la argumentación. Respecto al cuestionamiento sobre el papel que juegan los argumentos en un artículo de opinión, llegamos a la conclusión de que éste es primario. El conocimiento de las teorías de la argumentación, así como de los distintos tipos de argumentos que existen, permite al escritor de artículos de opinión lograr un mayor efecto persuasivo con sus textos. Esto se explica al tomar en cuenta que existen argumentos de mayor o menor efectividad para el tipo de artículo que desee hacerse. Saber identificar estos tipos argumentativos, puede ayudar al periodista a lograr una mayor adhesión por parte del lector.

En cuanto a las estrategias que puede seguir un escritor para lograr el objetivo que desea, identificamos distintos tipos de editoriales según sus modos argumentativos y llegamos a la conclusión de que el tipo de artículo de opinión determina el modo de expresión para exponer hechos y realidades, es decir, la argumentación. Para que el escritor logre un mayor efecto con su texto, debe definir primero el tipo de artículo que desea realizar. El logro de sus objetivos estará en función de haber utilizado el tipo de editorial más acertado para cada caso y los argumentos que defiendan mejor y de manera más congruente una idea.

Con la revisión de los conceptos de teóricos como Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, Ducrot y Anscombe, y de Aristóteles, entre otros

estudiosos del tema, podemos afirmar que el conocimiento de las teorías de la argumentación resulta imprescindible para la realización de artículos de opinión.

Relacionar las teorías propuestas por estos autores con los artículos periodísticos seleccionados, ayudó a identificar el importante papel que juegan los distintos tipos de argumentos dentro del periodismo de opinión.

Al analizar los artículos advertimos que los escritores de textos de opinión emplean determinados recursos retóricos para lograr el efecto deseado, el cual no es otro que la transmisión de las ideas y de opiniones, mediante una serie de argumentos, hasta llegar a la persuasión.

Un escritor puede utilizar muchas estrategias para comunicar sus ideas y, sobre todo, para persuadir o convencer a los lectores. Al hablar de estas estrategias nos referimos a los distintos tipos de argumentos. Existen algunos argumentos que poseen mayor fuerza para orientar hacia una conclusión por parte del receptor. Por ejemplo, los argumentos *Ad Humanitatem* tienen la ventaja de basarse en lugares comunes, con lo cual es más fácil conseguir la adhesión del lector.

A través del análisis de textos periodísticos, descubrimos que en cada artículo se manifiestan distintas operaciones discursivas que confieren sentido a un texto. Aunque no existe una receta mágica para escribir un editorial, es importante reflexionar sobre los tipos de argumentos que se utilizarán para sostener una tesis.

En la retórica aristotélica se reconocen tres operaciones en el discurso. La primera es la *inventio*, que es la forma que se elige para expresar el mensaje, es decir, qué se va a decir y cómo se van a exponer los argumentos

en el discurso. Otra operación de la que habla Aristóteles es la *dispositio*, que es la forma en que deben ser acomodadas las palabras para la eficacia comprensiva del texto. Por último está la *elocutio*, en la cual se habla de la necesidad de corrección lingüística y belleza formal para que el texto resulte atractivo desde un primer momento.

Las operaciones discursivas propuestas por Aristóteles nos llevaron a comprender que en la elaboración de un texto de opinión es importante, en primer lugar, conocer los distintos tipos de argumentos; en segundo lugar, reconocer que existen palabras capaces de determinar el significado de un texto, como por ejemplo las palabras modalizadoras; y, por último, que la expresión correcta y el orden de las ideas son esenciales a la hora de escribir un texto.

Al analizar algunos artículos de opinión, descubrimos que la estructura de un texto juega un papel fundamental en la comunicación de las ideas hasta el grado que la convicción muchas veces depende de la capacidad de sintaxis que tenga el autor de un relato.

También podemos sostener que el periodista es un narrador de la realidad, y al escribir un artículo de opinión, comparte con los lectores la manera en que ve esa realidad y, sobre todo, la manera en que la interpreta. Para comunicar una interpretación de la realidad, es necesario ser convincentes, por lo que resulta útil conocer los tipos de argumentación existentes para poder persuadir al lector.

Aunque esta tesis no pretende ser la solución a este vacío en la formación de los periodistas, puede contribuir a un mayor conocimiento de las

herramientas argumentativas que pueden resultar útiles a la hora de hacer un artículo de opinión.

Si un periodista toma en cuenta los tipos de argumentos cuando se dispone a escribir un artículo de opinión y también las palabras que cambian el sentido y significado de las frases, le será más sencillo elaborar un texto de calidad y, sobre todo, elaborar un texto que logre persuadir al lector.

El análisis llevado a cabo para la elaboración de los distintos apartados de la presente tesis, permitió conocer más de cerca el mundo del periodismo de opinión, el cual resulta vasto en cuanto a las posibilidades que ofrece. Para que un periodista pueda aprovechar la oportunidad que se le ofrece al manifestar por escrito su opinión sobre un asunto determinado, debe reflexionar sobre el tipo de artículo que desee escribir pues en función de esta elección estará el tipo de argumentos y palabras a utilizarse.

Quizás hacer una reflexión detenida antes de realizar un editorial pueda parecer ocioso para un periodista, sin embargo, los beneficios de utilizar los argumentos adecuados son enormes, pues esto puede garantizar que el lector no sólo lea todo el texto, sino que además crea y comparta lo escrito.

En torno a esta investigación se planteó desde un inicio la siguiente tesis:

El conocimiento de las teorías de la argumentación y su aplicación en el análisis de textos concretos es útil para la realización de artículos de opinión.

Después de haber analizado los distintos tipos de argumentos, se comprobó la tesis planteada, pues el periodista puede encontrar en los

Bibliografía

1. General

- Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española. Vigésima segunda edición. 2001.
- Standard Dictionary of the English Language. Funk & Wagnalls.
- Diccionario Francés – Español. Salvat.
- Enciclopedia Cultural. UTEHA.
- Enciclopedia Salvat. Salvat.
- Señor, Luis (2000). **Diccionario de citas**. Madrid: Espasa.

2. Específica

2.1. Libros

- Aguilera, Octavio (1992). **La literatura en el periodismo**. Madrid: Paraninfo.
- Anscombe, Jean-Claude y Oswald Ducrot (1983). **La Argumentación en la Lengua**. Bruselas: Pierre Mardaga.
- Aristóteles (1999). **Retórica** (*Traducción de Quintín Racionero*). Madrid: Gredos.
- Aristóteles (1987). **Ética a Nicómaco**. (*Traducción de Patricio Acárate*). Madrid: Espasa-Calpe.
- Colombo, Furio (1997). **Últimas noticias sobre el periodismo**. Barcelona: Anagrama.
- Desantes, José María (1976). **La verdad en la información**. Madrid: Paraninfo.

- Ducrot, Oswald y Tzevetan Todorov (1998). **Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje**. México, D.F.: Siglo Veintiuno.
- Ferrater Mora José (1990). **Diccionario de Filosofía. Volumen 4**. Madrid: Alianza.
- Grijelmo, Alex (2001). **El estilo del periodista**. Madrid: Taurus.
- Gutiérrez Palacio, Juan (1984). **Periodismo de Opinión**. Madrid: Paraninfo.
- Haidar, Julieta (2000). **La argumentación: problemáticas, modelos operativos** (Texto publicado en *La producción textual del discurso científico*). México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Hernando Cuadrado, Luis Alberto (1996). **Lengua y estilo del editorial**. Texto incluido en *Estudios sobre el mensaje periodístico*. Madrid: Servicio de Publicaciones Universidad Complutense. Número 3.
- Jakobson, Roman (1981). **Ensayos de Lingüística General**. Madrid: Seix Barral.
- Íñigo, Alejandro (1989). **Nuevas formas de periodismo**. México, D.F.: Editorial del Valle de México.
- Leñero, Vicente y Carlos Marín (1986). **Manual de Periodismo**. México, D.F.: Grijalbo.
- Lodge, David (1998). **El Arte de la Ficción**. Barcelona: Península.
- Martínez Albertos, José Luis. **Curso general de redacción periodística**. Madrid: Paraninfo.

- Maingueneau, D (1976). **Introducción a los métodos de análisis del discurso**. Buenos Aires: Hachette.
- Perleman, Chaïm y Lucie Olbrechts-Tytetca (1989). **Tratado de la argumentación. La nueva retórica**. Madrid: Gredos.
- Piedrahita, Manuel (1993). **Periodismo Moderno**. Madrid: Paraninfo.
- Platón (1992). **Diálogos**. Volumen II. México, D.F.: Prisma.
- Reboul, Oliver (1980). **Lenguaje e ideología**. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul. **La metáfora viva**. Madrid: Cristiandad.
- Sábato, Ernesto. **Uno y el universo y otros ensayos**. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Van Dijk, Teun (1988). **News as Discourse**. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Van Dijk, Teun (1991). **Racism and the Press**. Londres: Routledge.
- Vivaldi, Gonzalo Martín (1998). **Géneros periodísticos**. Madrid: Paraninfo.

2.2. Artículos periodísticos

- **Amis, Martín**. "Miedo y rechazo". El País. 23 de septiembre del 2001.
- **Birnbaum, Norman**. "Atenas y Roma, ¿otra vez?". El País. 19 de septiembre del 2001.
- **Cebrián, Juan Luis**. "La política del odio". El País. 12 de septiembre del 2001.
- **Eco, Umberto**. "Escenarios para un guerra global". El País. 23 de octubre del 2001.

- **Friedman, Thomas.** “En la guerra civil del Islam, reforcemos a los buenos”. El País. 20 de septiembre del 2001.
- **Fuentes, Carlos.** “Nueva realidad, nueva legalidad”. El País. 23 de septiembre del 2001.
- **González, Felipe.** “Globalización del terror”. El País. 15 de septiembre del 2001.
- **Held, David y Mary Kaldor.** “Aprender de las lecciones del pasado”. El País. 8 de octubre del 2001.
- **Krugman, Paul.** “Después del horror”. El País. 15 de septiembre del 2001
- **Lamo de Espinosa, Emilio.** “Apocalypse Now”. El País. 19 de septiembre del 2001.
- **Saramago, José.** “El ‘factor Dios’”. El País. Septiembre del 2001.
- **Touraine, Alain.** “La hegemonía de EE UU y la guerra islamista”. El País. 13 de septiembre del 2001.
- **Vargas Llosa, Mario.** “Las réplicas del 11 de septiembre”. El País. 30 de septiembre del 2001.
- **Vargas Llosa, Mario.** “La lucha final”. El País. 16 de septiembre del 2001.

2.3. Artículos de internet

- **Capdevila, Arantxa.** “La recuperación de la argumentación en la era de los medios de masas”. www.iaa.upf.es/formats/formats2/cap_e.htm
- **Millán, José Antonio.** “La novela como herramienta cognitiva”. <http://jamillan.com/cuchillo.html>

- **García Gordillo, María del Mar.** *“La manipulación en la construcción de la realidad internacional”.*

<http://www.institutomaritimo.cl/apoyo/caste/articul/manipul.html>

ANEXOS

armas nucleares terroristas, dirigidas quizá contra una central nuclear. Una de las tareas conceptuales para la que Bush y sus consejeros no van a tener ánimos es que el Terror del martes, a pesar de su estudiada maldad, fue un mero esbozo. Estamos aún en el primer círculo.

También será horriblemente difícil y doloroso para los estadounidenses asumir el hecho de que son odiados, y que es comprensible que lo sean. ¿Cuántos de ellos saben, por ejemplo, que su Gobierno ha destruido por lo menos al 5% de la población iraquí? ¿Cuántos de ellos han transferido esta cifra a su propio país (con un resultado de 14 millones)? Vanas características nacionales -la seguridad en uno mismo, un patriotismo más furioso que en ninguna parte de Europa occidental, una constante falta de curiosidad geográfica- han creado un déficit de empatía para los sufrimientos de la gente que está lejos. Y lo que es mucho más crucial, y más doloroso, el tener razón y ser los buenos eleva el ego de los estadounidenses hasta unos niveles casi tautológicos: los estadounidenses tienen razón y son los buenos en virtud del hecho de ser estadounidenses. La palabra con que Saul Bellow define este hábito es 'angelización'. En lo que respecta al lado encabezado por EE UU por consiguiente, no sólo necesitamos una revolución en las conciencias, sino una adaptación del carácter nacional: el trabajo, quizá, de toda una generación.

¿Y en el otro lado? Extrañamente, el mundo de pronto se siente bipolar. Una vez más Occidente se enfrenta a un sistema irracional, agónico, teocrático / ideocrático que es básica e implacablemente opuesto a su existencia. El viejo enemigo era una superpotencia el nuevo enemigo ni siquiera es un Estado. Al final, la URSS se descompuso por sus propias contradicciones y anormalidades, obligada a darse cuenta, según las palabras de Martin Malia, de que 'no existe el socialismo y la Unión Soviética lo construyó'. Entonces, también el socialismo era un experimento modernista, incluso futurista, mientras que el fundamentalismo militante se encuentra en una fase de su evolución de finales del medioevo. Tendríamos que asistir a un renacimiento y a una reforma, y después esperar a la ilustración. Y no vamos a hacerlo.

¿Qué vamos a hacer? Tendrá que venir la violencia; Estados Unidos tiene que tener su catarsis. Esperemos que la respuesta no sea, sobre todo, una escalada. Debería también ser un espejo del ataque original en cuanto a su capacidad para dejarnos atónitos. Un ejemplo utópico: el pueblo paralizado y sumido en la ignorancia de Afganistán, que se prepara para un invierno de hambre, no debería ser bombardeado con misiles de crucero debería ser bombardeado con paquetes de alimentos donde estuviera claramente escrito.

ATENAS Y ROMA ¿OTRA VEZ?

Norman Birnbaum

Cuando la CNN preguntó a la viuda de una de las víctimas de la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York acerca de las represalias, ella se hizo eco de las voces de las iglesias estadounidenses: era una idea desdichada. El entrevistador quedó visiblemente impactado, y la conversación se suprimió en las repeticiones del programa. La CNN estaba claramente cumpliendo con su deber patriótico: nuestros medios de comunicación de masas se han erigido en Ministerio de Propaganda y manipulan la rabia, la ansiedad, la credulidad, la ignorancia y la autocompasión de la opinión pública para fabricar un consenso nacional de extraordinaria crudeza, y enormes contradicciones.

Fuimos atacados por ser tan buenos y generosos, además de tan ricos y poderosos. Nuestro orgullo nacional se mantiene firme. Sin embargo, el ataque no puede quedar sin respuesta, o parecerá que somos débiles. Dado que estamos en guerra, las contramedidas más devastadoras no sólo son legítimas, sino que son un imperativo moral. Manifestar dudas acerca de la competencia y buen juicio de nuestros líderes es una actividad subversiva: la unidad nacional en el respaldo al presidente es la orden del día.

Son varias las preguntas inquietantes que no se hacen. ¿Por qué fallaron tan lamentablemente los organismos de seguridad? ¿Son las pruebas contra Bin Laden convincentes o meramente prácticas? (ha sustituido al ayatolá Jomeini, a Gaddafi y a Saddam Hussein en la demonología nacional). ¿Hay conexiones desconcertantes entre los perpetradores y Gobiernos ostensiblemente amistosos como el de Arabia Saudí? ¿Qué explicación hay de la presencia de un oficial israelí en uno de los aviones con-denados? Como en tantos desastres nacionales estadounidenses (los asesinatos de Kennedy y King, el vuelo del avión coreano por el espacio aéreo soviético, la bomba de la ciudad de Oklahoma) el asunto puede tener dimensiones sin explicar. Por encima de todo, casi nadie ha pedido a la opinión pública que reflexione acerca de por qué la política estadounidense ha engendrado odio en otras partes del mundo. El grupo de presión israelí, que no suele destacarse por su discreción, ha mantenido silencio, excepto para recordar de vez en cuando que Israel no está sorprendido. Además, ninguna figura pública ha tenido el valor de señalar que la campaña de Israel contra los árabes ha intensificado las amenazas para sus ciudadanos. En cuanto a lo que Bush propone exactamente que se haga, la idea en sí de un debate parece un acto impío en una nación que se ve a sí misma como una iglesia.